



ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Septiembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

#### SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*, por Carlos William Siemens (conclusión). — *A la Virgen de las Mercedes*, por D. Andrés Bello. — *La butaca del barón de Rot'schild*, por Alberic Second. — *Poleos y lodos*, por D. Luis Coloma. — *La Patria*, por D. V. Ruiz Aguilera. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Estéban Marcel. — *El Dulce nombre de Maria*, por D. S. M. — *Consejos útiles*. — *Miscelánea*.  
GRABADOS. — *Excmo. Sr. D. Juan Bautista de Antequera*. — *Coronación de Nuestra Señora de Boulogne-sur-mer*. — *La escuadra española del Mediterráneo*. — *Música de los indígenas de las Carolinas*.

#### LA DECENA

No puedo más...  
Estoy rendido, aniquilado, muerto de fatiga. Estas caminatas y estas visitas no son ya para mis años...  
A ver, Roque, si me aligeras de estos adminículos... El sombrero, el bastón, la peluca... Acércame una butaca...  
¡Ahajá...! Perfectamente... Ahora quítame las botas; vengan mis zapatillas... mi bata... la caja de rapé... el taburete para los pies... Así. Dame un periódico cualquiera y déjame solo. Necesito descansar un rato, y si puedo dormir media horita recostado en el sillón, no me vendrá mal. Son las cinco y cuarto...  
Ya te llamaré cuando te necesite... Buenas tardes...

Creo que he dormido, aunque no estoy muy seguro de ello... Está anocheciendo y yo no tengo por costumbre dormir a estas horas...

— ¡Roque! ¡Roque...!

— Señor...

— ¿Qué hora es?

— Las seis y media. Bien puede usted haber descansado.

— Sí, buen descanso te dé Dios... En cuatro días no me repongo de este molimiento de huesos... ¡Pero qué cosa tan preciosa!

— ¿Cuál, señor? ¿El artículo de ese periódico?

— ¡Qué artículo ni qué calabaza...! Todo anchuroso, todo aireado, todo limpio, todo elegante, todo monumental, todo digno de una gran población... ¿Tú has visto la Alhóndiga?

— No, señor.

— Es cuatro veces mayor que la estación del Norte; toda de hierro y cristal, y desde el pavimento, de mármol blanco, hasta la base del pararrayos central tiene una elevación de más de ciento cincuenta pies. ¡Y qué variedad y abundancia de géneros y artícu-

los de primera necesidad! ¡qué movimiento de gentes! ¡qué algarabía! Aquello es una torre de Babel. Pues ¿y los mercados...? ¿tampoco los has visto?

— ¡Ah! sí, señor, el de la Plaza de la Cebada, el de los Mostenses...

— ¡Quita allá, hombre! Esas son covachas raquíticas al lado de los que yo he visto esta tarde... ¿Por qué me miras con esos ojos tan espantados? Te aseguro que en ninguna capital de Europa se encuentra cosa parecida. Todo es hierro y cristal; todo respira limpieza, alegría, comodidad... En fin, con decirte que ni aun se oyen palabras groseras entre los vendedores.

— Vaya, esta tarde está usted de buen humor.

— Lo que sí habrás visto es la Casa-Ayuntamiento.

— Esa sí, señor, que la he visto, ó por mejor decir, he visto las tres: la de la Plaza de la Villa y las dos de la Plaza Mayor.

— Pues si no has visto más que eso, no has visto nada. Esas que fueron Casas Consistoriales ya no

existen, y en el lugar que ocupaban se han levantado soberbios hoteles particulares. La nueva Casa-Ayuntamiento se parece á las antiguas como se parece un Municipio cortesano á un alcalde pedáneo. Tiene cinco pisos, y toda ella está construída...

— De hierro y cristal.

— No, hombre, de piedra de Colmenar riquísima, amén de jaspes y mármoles que revisten la gran escalinata y las paredes interiores. Una de las cosas que más me ha sorprendido es el régimen establecido en aquellas oficinas, el orden que allí reina, la rapidez con que se despachan todos los asuntos y el escaso número de empleados en cada negociado. Es una organización maravillosa.

— A propósito de Ayuntamiento, esta tarde me han traído una papeleta para que me presente mañana en la tenencia de Alcaldía. ¿Sabe el señor para qué me llaman?

— No, por cierto, pero debes ir sin falta. Ya sabrás que la tenencia de Alcaldía de este distrito está en el Palacio núm. 5.

— ¿Y qué palacio es ese?

— ¡Válgame Dios! Hombre, pareces extranjero en la Corte. ¿No sabes que se han construído diez soberbios edificios, correspondientes á los diez distritos de Madrid, y que llevan el nombre de *Palacios Municipales*? Pues bien, en cada uno de esos palacios están instalados todos los servicios del distrito: alcaldías, juzgados, casas de socorro, prevención de detenidos, escuelas gratuitas de ambos sexos, bombas de incendios, etc., etc. Sólo he visto dos de esas magníficas construcciones y he quedado complacido de mi visita. A decir verdad, no sé por qué me causa extrañeza que no conozcas esas reformas modernas de la capital, porque tampoco yo había visto hasta hoy los dos grandes parques del Norte y del Sur, que han dejado tamañitos al Retiro y á la Casa de Campo; las dos grandes vías que atraviesan la población de Norte á Sur y de Este á Oeste; los jardines verdaderamente babilónicos, salpicados por todo el ámbito de la Corte; los paseos, las fuentes, las estatuas...

— Pero, dígame por todos los santos, amo mío: ¿cuándo ha visto usted ese cosmorama?

— Durante mi excursión de hoy.

— ¿Pues no ha ido usted á visitar á esa señora de Zaragoza y á dar los días á su amigo D. Eulogio?

— Sí, por cierto, y á la verdad que me he fatigado bastante en esa correría.

— Eso ya lo he advertido, y que el cansancio le ha hecho dormir hora y media; y presumo también que le ha debilitado la cabeza y le ha hecho ver visiones.

— ¿Qué dices?

— Que todas esas fantasmagorías que usted me cuenta son puro cuento.



EXCMO. SR. D. JUAN BAUTISTA DE ANTEQUERA.

Contralmirante de la Armada y Comandante de la escuadra española del Mediterráneo.



—¡Ah, pobre de mí! Ya sé lo que ha sido, Roque. Me acometió el sueño leyendo este periódico que aun tengo en la mano y que publica un proyecto de reformas municipales presentado en una de las últimas sesiones del Ayuntamiento. He soñado que era verdad tanta belleza... Veo que tienes razón, y que mi pobre cerebro se va debilitando de día en día.

Después de la amarga decepción que he sufrido al ver desvanecerse mis soñadas ilusiones reformistas, desconfío ya de la serenidad de mi juicio y apenas me atrevo a poner la pluma sobre el papel, temeroso de dar por hechos reales las creaciones de mi imaginación dislocada.

No me atrevo a decir si un tropel de ideas que me bullen en la cabeza a propósito de unas Carolinas que han dado mucho que hablar en el mundo entero, pertenecen al orden de las ideas *soñadas* ó al de las ideas *despiertas*. Por una parte, me parece sueño y hasta fatigosa pesadilla eso de que se haya siquiera intentado por una nación seria y respetable apoderarse de una porción del territorio de un país amigo. Por otra parte, creo que esas explosiones de patriotismo y esos gritos de indignada protesta que llegan á mis oídos no tienen nada de quiméricos, y lejos de parecerse á sueños, se parecen al despertar de un pueblo digno y celoso de su honra, que sacude su proverbial indolencia al sentirse herido en sus más delicadas afecciones.

Nada, no me atrevo á seguir hablando de un asunto que no se me presenta claro, aun después de las explicaciones dadas por el Gobierno alemán, y quiero esperar que la acción franca y resuelta del nuestro disipará esos vapores de la diplomacia y nos dejará ver á la luz del sol lo que hoy sólo vislumbramos á través de las brumas de la cancillería alemana.

No menos nebulosa que la cuestión internacional, se ofrece á mi vista la cuestión sanitaria por lo que respecta á la capital de España. Tan pronto parece que el molesto huésped se apercibe á despedirse, después de una estancia de cerca de cuatro meses entre nosotros, como cambia de propósito y nos amenaza con más larga y sensible permanencia.

La traidora enfermedad se burla de todos nuestros cálculos y previsiones. Después de rápido descenso, señalado por cinco ó seis invasiones durante veinticuatro horas, y cuando nos sonríe la esperanza de que el siguiente día será el último de su reinado, elévase de repente la cifra de los casos, que, si no llega á ser verdaderamente alarmante, al menos nos tiene en perpetua zozobra bajo el temor de que extienda su esfera de acción de la noche á la mañana.

Por punto general se advierte, desde hace ya muchos días, una tendencia marcada de declinación en todas las provincias epidemiadas, sin que se haya extendido de una manera marcada en las zonas no invadidas. Este hecho, oficialmente comprobado, nos hace esperar que muy en breve (y contando siempre con la voluntad de Dios) nos veremos completamente limpios de la mortífera plaga.

En otro lugar de este número se publica el resumen, tomado de datos oficiales, de las invasiones y defunciones causadas por el cólera en toda España desde que se reconoció y declaró su existencia.

Para aquellos de mis lectores que conocen estas cifras, sería ocioso repetirlas; pero conviene guardarlas como dato histórico, para enseñanza y ejemplo de las generaciones futuras. Por de pronto debe quedar consignado que el número de víctimas á cargo de la terrible epidemia en 1885 iguala, si no supera, á las que ocasionó en 1865.

De la proporción, harto desconsoladora, en que se encuentran los muertos respecto de los atacados, no quiero aquí hablar, como no sea para lamentarme por milésima vez de la ineficacia de las teorías, específicos, procedimientos y sistemas curativos ensayados para combatir esa misteriosa enfermedad, que parece complacerse en desesperar á los hombres de ciencia.

Sin dejar de deplorar sus estragos (no los de los hombres de ciencia, sino los de la epidemia), aun debemos dar gracias á la Providencia, que ha desterrado del mundo otras enfermedades epidémicas que aterrorizaron y devastaron la tierra en tiempos antiguos, y que se presentaban con caracteres y síntomas infinitamente más espantosos que el cólera asiático.

La descripción que hace Tucídides de la peste

de Atenas, primera que registra la historia, no puede leerse sin horror, ni es posible calcular el número de los muertos.

La peste de Oriente, limitada hoy á ciertas regiones del Egipto, apareció en tiempo de Justiniano, se extendió por todo el mundo y, si hemos de creer á los historiadores, produjo *más de cien millones de víctimas*.

Durante la Edad Media, la más castigada por las epidemias, se desarrolló de una manera formidable la elefantiasis (lepra), que ejerció su letal influencia durante algunos siglos, y en el x apareció por vez primera el *mal de los ardientes*, que no quiero describir, ni sería este lugar oportuno para ello.

La peste negra, que diezmo los habitantes del mundo en el siglo xiv, sólo puede compararse en sus estragos á la peste de Oriente, y la impresión que produjo palpita todavía, á través de los años, en los escritos de los historiadores de las órdenes religiosas, especialmente los carmelitas, dedicados con preferencia á asistir á los apestados, como en nuestros días las heroicas Hermanas de la Caridad, que dieron un contingente espantoso á la terrible epidemia.

Tras ésta, apareció en Alemania, hacia el 1347, la *correa*, ó baile de San Vito, singular enfermedad, caracterizada por saltos ridículos y movimientos desordenados de los invadidos que, formados en pelotones de centenares y aun miles de convulsionarios, iban de pueblo en pueblo exhibiendo el grotesco espectáculo y contagiando y propagando la enfermedad de una en otra comarca.

Por último, y para poner término á esta digresión, en que sin querer me he metido, en 1348 hubo una enfermedad que se llamó *epidemia*, de la que, según Froissard, murieron *más de la tercera parte de los habitantes del mundo*.

Véase, después de esta rapidísima reseña, si tenemos los hombres del siglo xix motivo para consolarnos y conformarnos con lo presente, trayendo á la memoria los horrores de lo pasado.

La campaña sanitaria...

(¿Qué estoy diciendo? En fuerza de leer, oír y escribir sin cesar esta frase, se le viene á uno automáticamente á la pluma.)

La campaña teatral, quise decir, se ha inaugurado en Madrid con pocos bríos hasta ahora, lo cual no es extraño, porque aun no están organizados los principales ejércitos que han de sostenerla y llevarla á un término glorioso... ó desastroso para el arte. Allá veremos.

Han desplegado en guerrillas sus compañías las fuerzas de *Eslava*, *Martin* y *Lara*, pero solamente por vía de simulacro.

En los Jardines del Retiro toca por las tardes llamada y tropa la «Unión Artístico-Musical», de que es comandante el gran estratégico Sr. Espino. La tropa de aficionados acude á la llamada y forma un verdadero ejército, que no vuelve caras á dos por tres mientras quede que oír un compás de *tres por cuatro* y aun cuando la batuta del maestro dé la señal para una *fuga*.

En el reducto del Príncipe Alfonso, temporalmente abandonado por su guarnición, obedeciendo órdenes superiores, han vuelto á las aspilleras las fuerzas lírico-dramáticas, y parece que se proponen hacer algunas salidas... pero no de tono.

El tercio italiano de la Alhambra, para distraer sus ocios, mientras llega el día de emprender movimientos arreglados á la táctica moderna, ejecuta marchas en círculo al rededor de las obras que levantaron los ingenieros musicales Donizetti, Bellini, Verdi, etc.

En el teatro de Jovellanos, el general de los Bufos Sr. Arderius, organiza sus huestes, y entretanto lanza una proclama al país pidiendo raciones, que serán *de abono* en su día; y para no seguir las huellas de los demás coliseos donde se habla en italiano, en francés, en caló y á veces hasta en castellano correcto, se dirige al público en inglés... de media sangre. Es un arranque de heroísmo, porque desde los tiempos del Corral de la Pacheca hasta los del regio Coliseo, todo empresario de teatros debe temblar ante dos cosas: las silbas y... *los ingleses*.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



fuéramos á extractar aquí todo cuanto se ha dicho en la última decena acerca de las Carolinas y del conflicto con Alemania, necesitaríamos todas las páginas de este

número y aun nos quedaría materia para los sucesivos. Por fortuna, podemos decir la más sustancial con pocas palabras, y éstas han de ser las oficiales y auténticas, para no divagar en conjeturas ni errar en la elección de testimonios.

El día 4, por la tarde, se recibió en Madrid un telegrama del señor comandante general del apostadero de Filipinas, diciendo «que el transporte *San Quintín* había llegado á Filipinas con la noticia de que después de tres días de estar el *Manila* en preparativos para instalar en tierra las fuerzas de desembarco que llevaba, entró el 24 al anochecer en la bahía de Yap una cañonera alemana, la cual, á las siete de la noche desembarcó fuerza armada, enarboló la bandera de aquel Imperio y ocupó aquella tierra española en nombre del emperador Guillermo de Prusia.»

Esta noticia produjo, como era natural, viva y ardiente indignación en todos los ánimos y se consideró como una rotura de hostilidades entre Alemania, usurpadora de la propiedad ajena, y España, defensora de sus legítimos derechos sobre las Carolinas.

A pesar de los sucesos de la noche del 4 en Madrid, en que fué arrastrado y quemado el escudo de la embajada alemana; á pesar del lenguaje arrogante y provocativo de una parte principal de la prensa alemana; á pesar de los pronósticos funestos de la diplomacia, que veía inevitable la guerra, á los dos días la prensa oficiosa de Madrid publicaba los siguientes importantísimos despachos, que abren el corazón á la esperanza de una satisfacción honrosa para España.

Notificación del Gobierno alemán:

«El Gobierno alemán declara que el accidente ocurrido en la isla de Yap y el proceder de la cañonera alemana, no puede afectar en manera alguna á la cuestión de derecho.

«El Gobierno alemán ha creído con toda seguridad impedir todo acto de toma de posesión que ejecutasen los buques de su armada, desde el momento en que ha llegado á su conocimiento que España cree tener derecho á las islas Carolinas, y esta orden se comunicará á dichos buques, tan pronto como sea posible ponerse en comunicación con ellos.»

El despacho del señor conde de Benomar, dice así:

«El Ministro de Negocios extranjeros interino, á quien vengo de ver, confirmando lo que el conde de Hatzfeldt me dijo en 23 de Agosto y consigné en mi despacho núm. 262, me ha declarado que en las instrucciones dadas por el Gobierno alemán al comandante del buque de la marina imperial, enviado á las Carolinas, se le ordenaba que si se encontraba á su llegada enfrente del pabellón español, no debía izar el alemán.

«De esta declaración he tomado nota.

«El ministro de Negocios extranjeros me ha asegurado que el acto del comandante del buque alemán contra sus instrucciones, no puede influir en nada en el curso amistoso de las negociaciones ni en su buen resultado.»

Hasta aquí la historia oficial y pública del asunto; de las noticias probables que parecen venir á confirmar las anteriores, la más interesante es la de que el día 7 tocó en Manila la cañonera alemana *Illis*, que es la que perpetró el atentado de Yap, dirigiéndose á Singapore ó á Hong-Kong.

La prensa extranjera ha publicado con motivo de estos sucesos largos artículos acerca de los propósitos de Alemania en la Oceanía. Oigamos primero al *Times*, que resume en pocas palabras el origen de la política colonial del Imperio germánico. «Alemania, dice, salió victoriosa en la guerra de 1870, y llegó á ser un poderoso Imperio. Impuso á su vencida enemiga un pacto leonino de paz; la obligó á pagar cinco mil millones y á cederle la anexión de dos grandes, ricas y bien cultivadas provincias, prósperas y adelantadas también en manufacturas. Todos estos éxitos combinados, dieron nuevo incentivo á su industria, á su comercio, á su espíritu mercantil.

Sus fronteras se habían dilatado, su producción se había aumentado y su industria había adquirido nuevo desarrollo.

Entonces la vigilante inteligencia del príncipe de Bismarck fijóse en dos hechos dignos de llamar la atención. Ni el comercio interior, ni el de exportación bastaban á nivelar la producción, y era necesario abrir mercados á los productos alemanes.

Por otro lado, la emigración alemana continuaba siendo la mayor de Europa, y era, por lo tanto, indispensable abrir campo ancho que recibiera á los colonizadores alemanes con especiales ventajas. De aquí nació la política colonial alemana.»

Bismarck paseó sus ojos por el mapa, y allí donde vió más fácil la presa, dijo: «Aquí me las den todas.» Pero el gran canciller no contó con la hués-



peda, que es el ardiente patriotismo de España, reanimado con la indignación de verse ultrajado. Por fortuna, la satisfacción viene á tiempo, y España, sin apelar á la fuerza, logrará ver reconocido su derecho. Más vale así.

No hagamos la injusticia de medir á todos los alemanes con el mismo rasero. La prensa católica ha sostenido los derechos de España y ha protestado contra toda usurpación de su territorio. No podía esperarse otra cosa de los héroes que durante quince años luchan sin descanso contra las violencias del canciller de hierro, empeñado en subyugar á la Iglesia, para humillar en ella diecinueve siglos de triunfos y de glorias.

Estos héroes se acaban de reunir en Münster para tratar de las cuestiones sociales, que más directamente comprometen hoy la paz interior de los pueblos. He aquí sus acuerdos:

1.º La Asamblea declara que es deber de todo patrono cristiano, conceder á sus obreros el descanso del domingo consagrado por la Religión.

2.º La Asamblea invita á los patronos y á los obreros á observar estrictamente el descanso dominical, el cual no puede por menos de contribuir al cumplimiento de los deberes religiosos de todo cristiano, al bienestar de las familias y al reposo de cuerpo y espíritu que es indispensable para el desarrollo interior y duradero de la industria nacional.

3.º La Asamblea expresa también el deseo de que, á la manera que los obreros enfermos ó invadidos son objeto de cuidados especiales, también los que estén en buena salud sean garantizados por una ley contra una duración de trabajo excesivo y perjudicial, tanto para la salud como para la vida de la familia.

4.º La Asamblea general de católicos se ha enterado con gusto de un proyecto relativo á la creación de una Agencia telegráfica católica, que estará en relaciones permanentes con las Agencias de la misma índole en el extranjero.

*La Germania*, de Berlín, publica un notable artículo sobre la Asamblea que ha tomado estos acuerdos.

Entre los pasajes más brillantes y significativos del artículo de *La Germania*, merecen transcribirse los siguientes:

«Hacer el bien, contribuir al restablecimiento de la paz, tal es el gran fin de la Asamblea Münster. Sostener los derechos de la Iglesia que son desconocidos y negados, su deber supremo. Después de quince años, durante los cuales el viento de la persecución sopla en Alemania, los católicos nos ofrecen el ejemplo de esos israelitas, que con una mano restauran la ciudad santa y con la otra empuñan las armas para rechazar al enemigo.

«La hora es solemne. La enseñanza del Pontífice, que recomienda la unión y la paz, resuena aún en todos los corazones; la carta pastoral de los Obispos prusianos da á conocer la situación del catolicismo en Prusia; los católicos se reunirán bajo la impresión de estas elevadas lecciones, é intentarán cumplir fielmente sus deberes.»

Al Congreso de Münster han asistido más de mil quinientos católicos, entre los que estaban representadas todas las clases de la sociedad alemana.

Comparte con la cuestión de las Carolinas el interés de la prensa extranjera, la entrevista en Kreenzier de los emperadores de Rusia y Austria.

La opinión predominante es que allí se ha tratado de estrechar la alianza de ambos Imperios para el caso probable de una exacerbación de la famosísima cuestión de Oriente, que, como el cólera, hace sus apariciones periódicas para turbar la paz de Europa.

En los centros oficiales se niega rotundamente que se haya tratado de la neutralidad de Turquía para el caso de una guerra entre Inglaterra y Rusia, pero los diarios ingleses, que tienen mucho interés en averiguarlo, aseguran lo contrario; que Turquía no podrá formalizar alianza alguna sin consultar con Alemania y Austria, lo que equivale á someterla á los intereses de Rusia.

Los periódicos alemanes desmienten estos temores y afirman «que las buenas relaciones que existen entre los tres emperadores no pueden constituir un peligro para potencia alguna, sino una alianza para el mantenimiento de la paz europea.»

Tal es la cuestión que más se discute con motivo de la entrevista de Kreenzier. Inglaterra, como es natural, mira con recelo la alianza de los tres Imperios.

Al parecer, la cuestión afgana está zanjada satisfactoriamente para las dos potencias colindantes. Así acaba de declararlo lord Churchill en un discurso pronunciado en Sheffield el día 3 del corriente.

Después de declarar que esta cuestión estaba en un callejón sin salida cuando los conservadores subieron al poder, lord Churchill ha dicho solemnemente: «Las dificultades de la cuestión de Zulficar están definitivamente allanadas. Pronto se hará un arreglo formal y estable con el Gobierno ruso en los asuntos del Asia central.»

¿Será posible?

Nosotros ponemos la noticia en cuarentena.

Puede servir de comentario al párrafo que precede el siguiente, que, tomado del diario indo-chino *Schin-Pao*, viaja estos días por las prensas de Europa:

«No es un secreto para nadie que Rusia procura asegurarse dos rutas en Asia: una, que le dé acceso al Océano Indico, y la otra, al mar de la China. Los rusos poseen, es verdad, una larga extensión de costas sobre el Grande Océano, pero no tienen un solo puerto militar que sea bueno ó de comercio.

«El puerto de Wladivostock es inabordable algunas veces, á causa de los hielos, que obstruyen las bocas del Amour. Rusia haría una adquisición ventajosa si pudiese hacerse dueña de la Corea, que posee multitud de excelentes puertos; pero la pérdida de Corea sería tan perjudicial para China como la de la Mandihuria y la de la Mongolia, y dejaría abierto ante los rusos el camino de la gran muralla del Norte de Pekín. La Corea tiene la misma importancia para China que el Afghanistan para la India.»

El periódico chino ve más claro que Lord Churchill.

La cuestión afgana se arreglará cuando Rusia, si á tanto alcanza, se haya apoderado del centro del Asia.

Si á tanto alcanza, hemos dicho; ¿por qué la ambición moscovita se está abriendo el abismo de su ruina con la persecución constante que sostiene contra la acción benéfica y vivificadora de la Iglesia católica?

Estos días se ha descubierto una nueva conspiración contra la vida del czar. Esta hidra del nihilismo echa cien cabezas por cada una que se le corta.

Y es natural; allí donde la verdad católica es perseguida, brota el germen de la revolución, que se apodera de los campos yermos, donde han sido arrancados los planteles de las virtudes cristianas.

¿De qué le servirá á Rusia poseer tanto territorio en Asia como en Europa y dominar como el coloso de Rodas con un pie en cada parte del mundo, si le falta la seguridad interior y se ve á toda hora amenazada de las desdichas de la orfandad y de la anarquía?

Pero hagamos punto á estas reflexiones, que nos apartan un poco de nuestra principal tarea de cronistas.

Los periódicos de América publican pormenores de la insurrección de Venezuela, sofocada ya, cuyo jefe, el general Pulgar, herido, se vió obligado á refugiarse en la isla Trinidad.

De los diversos relatos que encontramos, resulta que el 2 de Julio último las fuerzas del Gobierno venezolano, en número de 2.700 hombres, mandadas por el general Velutini, atacaron el puerto de Carúcano, que desde el 22 de Junio había sido entregado por su gobernador á los revolucionarios. Los generales Pulgar, Odenato y Pullido, con sus 2.500 partidarios y tres vapores armados, *La Justicia Nacional*, *Oriente* y *Torito*, fueron derrotados en pocas horas, dejando 300 muertos y heridos en el campo, y más de 200 prisioneros en poder del general Velutini. Los sobrevivientes escaparon en los vapores, botes y lanchas, y la mayoría de ellos se refugió con los tres generales sublevados en la isla Margarita, á 40 millas de la costa.

Pronto se vió ésta bloqueada por seis vapores del Gobierno y otras naves, y el combate del 13 de Julio, en que fué apresado el vapor *Oriente*, puso fin á toda resistencia. Herido el general Pulgar y muertos ó prisioneros muchos de sus jefes y soldados, logró embarcarse con el resto de éstos en los dos buques que le quedaban, y el 15 desembarcó en la isla inglesa de Trinidad, en cuyo hospital se hallaba á la fecha de las últimas noticias, enfermo de gravedad. *El Torito* y *La Justicia Nacional* trataron inútilmente de obtener carbón en Trinidad, Curazao y la Martinica, y hoy se ignora su paradero con los quinientos hombres que llevan á bordo, único resto de las fuerzas revolucionarias. El presidente, general Crespo, ha declarado piratas ambos buques y ofrecido 10.000 pesos fuertes por su captura.

¡Desdichada suerte la de las repúblicas hispano-americanas, siempre desgarradas en intestinas discordias!

Todo es debido al virus de la impiedad que penetró en ellas cuando se emanciparon de su madre España.

*Veritas liberabit.*

x.

## CARTA DE ROMA

Roma 9 de Septiembre de 1885.



HA venido muy oportuna la publicación que acaba de hacer el Emmo. Sr. Cardinal Massaia de la historia de su misión en Etiopía, pues mientras la fiebre colonizadora parece devorar á muchas naciones, y no faltan Gobiernos que, para excusar el afán de extender su dominio se dicen llevados por el deseo de comunicar los beneficios de la civilización á los habitantes de las más lejanas tierras, bueno es que se vea cómo la Iglesia se les ha adelantado en esa misma tarea, con mayor sinceridad, por supuesto, y muchas veces también con mejor éxito. Tengo á la vista la mencionada obra que lleva el título: *Imici trentacinque anni di missione nell' alta Etiopia*, y cuyo primer ejemplar ha sido puesto por el mismo autor á los pies de Su Santidad el miércoles último. Merecen plácemes los editores por la parte exterior del libro, cuya elegancia ha de servirle de introducción en muchas bibliotecas; pero la obra se recomienda por sí misma, basta hojearla aún sólo ligeramente para comprender desde luego su particular importancia. Con ella, y aprovechando el adjunto mapa de los lugares que hubo de recorrer el Apóstol de los gallas, se puede acompañar al misionero desde el día en que dejó su celda de capuchino, vino á Roma y, revestido de carácter episcopal, marchó á desempeñar su misión, hasta su primera vuelta á Europa.

El P. Massaia salió de Roma el día mismo en que murió el Papa Gregorio XVI; por entonces estalló en Italia la revolución, disfrazada en un principio con la careta de devoción y amor á la Santa Sede, pero luego abiertamente hostil á la Iglesia y á sus derechos; mientras esto verificábase aquí, el pobre capuchino recorría las costas del mar Rojo, desde Aden hasta Massana, paraba en Assab, en Zeila y en otros puertos intermedios, estableciendo varios puntos de misiones, indicando nuevos caminos para acercarse al centro del Africa, y en todas partes miraba principalmente á esparcir la semilla de la civilización y de la fe. Las dificultades con que hubo de tropezar, deben ser sin cuento; pero el historiador no pára en eso, sin duda porque su modestia no le permite encarecer la constancia y acierto con que venció el islamismo y suavizó el carácter de los indígenas; recuerda, sin embargo, algún episodio, entre los más salientes, por donde se desprende el heroísmo del nuevo apóstol. Con muy buen acuerdo, los editores del libro en que me ocupo enriquecieron á éste, no sólo con interesantes panoramas de ciudades y aldeas, sino también con primorosos grabados en que se representan dichos episodios; sobresalen entre ellos la *prisión del P. Massaia, hecha por los soldados de Ras-Aly, la entrevista del misionero con lord Palmerston, su encuentro con el leopardo*, y otros; celebraría pudiesen reproducirse en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Para concluir con este libro, diré que aun no ha aparecido más que el primer tomo, pero la historia debe constar de cuatro.

El Padre Santo ha felicitado mucho al Eminentísimo Massaia por su publicación, alentándole á acabarla cuanto antes. En estos días se han publicado también algunos versos latinos, hechos por el mismo Papa; excuso copiarlos aquí porque será fácil sacarlos de la *Civiltà Cattolica*; sólo añadiré que aun los menos afectos al Papa gustan en sus versos el sabor de un áureo clasicismo. Y puesto á hablar del Padre Santo tengo el gusto de confirmar que sigue gozando de perfecta salud; en la semana última asistió á la erección y colocación de la estatua de San Pedro sobre la columna conmemorativa del concilio Vaticano y levantada, como ya dije otra vez, en el jardín de la *Pigna* en el Vaticano: á fin del mes próximo pasado tuvo lugar la colocación de la segunda parte de la columna, y no me acuerdo si dije que es de mármol africano muy raro, sacado de las excavaciones que dirigió con tanto honor el malogrado barón Visconti: ahora, el jueves último, se ha levantado la estatua del Príncipe de los apóstoles, digno remate del monumento; es de bronce y ha sido fundida en Roma en los talleres de Mazzocchi. Aunque Su Santidad asistía al acto, éste ha tenido carácter privado porque la solemne inauguración del monumento se celebrará en Mayo del año próximo; para entonces, además de los es-



cudos de Pío IX y de León XIII, se le habrán puesto los dos bajo-relieves que aun faltan y han de representar las principales sesiones del memorable Concilio: anúnciase también que con motivo de tal inauguración van á hacerse obras de adorno en el referido patio de la *Pigna*, transformándole en una plaza de unos cinco mil metros cuadrados con fuentes y otros adornos: habrá que bajar al jardín mediante una nueva escalera que se está construyendo en la parte que llaman *el Braccio nuovo di Pio VII*; pero no conviene repetir muchas descripciones del Vaticano; mejor es que vengan muchos españoles á visitarle en persona, y por si vienen en la ocasión de inaugurarse el mencionado monumento, tendrán también el gusto de volverse á España con un recuerdo de él, pues el distinguido grabador Sr. Bianchi ya tiene encargo de reproducirle en la medalla que ha de acuñar el año próximo, según la costumbre que tienen los Papas para conmemorar los años de su pontificado.

J. M.

## LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. JUAN BAUTISTA DE ANTEQUERA

Contralmirante de la Armada y comandante de la escuadra española del Mediterráneo.

Con motivo del conflicto provocado por Alemania en el archipiélago carolino, el Gobierno ha reforzado la escuadra de instrucción, poniéndola bajo el mando de un contralmirante, para que pueda estar apercibida á nuevas complicaciones.

El nombramiento ha recaído en uno de nuestros marinos más ilustres, en el Sr. Antequera, cuya hoja de servicios es una larga serie de honrosísimos servicios prestados á la patria.

El Sr. Antequera, que frisaré con los sesenta años, lleva cuarenta en la marina española; de modo que es uno de los jefes más expertos, acreditados y de más larga carrera marítima.

A sus órdenes la fragata *Numancia*, dió la vuelta al mundo, siendo el primer buque blindado que hizo un viaje completo de circunnavegación por los mares del globo.

En el Callao, cuando cayó herido Méndez Núñez, compartió con el contralmirante Lobo el mando de la escuadra.

En su larga carrera ha ocupado los principales puestos de la Armada, y dos veces ha sido ministro de Marina.

Pero lo que vale más que todo es la honradez acrisolada de este ilustre marino, católico que cree y practica, espejo de caballeros cristianos.

Es hermano del conocido abogado y escritor católico don José María Antequera, cuyo parentesco no desmiente en nada.

### CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE BOULOGNE-SUR-MER

Diez Obispos (Arras, Le Maus, Beauvais, Amiens, Lugo, Soissons, Limoges, Lydda, Aire y Clifton); tres Arzobispos (Chambray, Reims y Cambrai); cuatro Prelados romanos acompañando á S. E. Mons. Rende, Arzobispo de Benavente y Nuncio de la Santa Sede en París; multitud de deanes, vicarios y canónigos de estos Prelados; doscientos párrocos y más de otros tantos religiosos y religiosas; por último, cincuenta mil peregrinos y fieles han formado el cortejo de Nuestra Señora de Boulogne en la ceremonia solemne de su coronación.

La ciudad de Boulogne-sur-mer (*Bononia* y *Gersuriacum* ó *Itius portus*) es una de las ciudades más antiguas y notables de Francia, situada en la desembocadura del Lianc en el paso de Calais, á 98 kilómetros de Arras y á 254 de París por el camino de hierro. En tiempo de Dagoberto llegó al puerto, triunfante sobre las olas, una imagen de la Virgen, la cual, erigida en patrona de la ciudad, fué objeto durante largos siglos de una devoción entusiasta. Por eso la impía revolución del 93 se ensañó con esta veneranda imagen, y la patrona de los boulogneses fué arrojada al fuego el 28 de Diciembre de 1793, y su templo demolido hasta los cimientos. El Rdo. Sr. Haffreigne, pasados aquellos días calamitosos, logró erigir un nuevo templo á Nuestra Señora y construir una nueva imagen. La devoción renació y Boulogne volvió á tener la dicha de poseer un templo y una imagen de su veneranda patrona.

Ahora se le ha querido tributar el homenaje de una coronación solemne, y el Obispo de Arras obtuvo de la Santidad de León XIII, por decreto de 17 de Febrero de este año, la facultad de poder coronar á la milagrosa imagen.

La ciudad que vió nacer á Godofredo, el primer rey cristiano de Jerusalén, ha ofrecido á su Virgen marítima una corona, sobre la cual centellean las piedras y las joyas más preciosas que su piadoso entusiasmo ha derramado á manos llenas sobre las del hábil artífice Sr. Wallet. A esta corona se ha tenido la feliz inspiración de darle la forma, conocida por antiguos monumentos, que tenía la que los cruzados, después de la conquista de la ciudad santa, ofrecieron á Godofredo de Bouillón.

Es sabido que este héroe, tan humilde como valiente, rehusó llevar una corona real en la ciudad donde Jesucristo la había llevado de espinas. La corona real fué enviada por él como ofrenda de su devoción á la Virgen, patrona de su ciudad natal.

Tal veneranda reliquia figuraba entre las más preciosas del esoro de la catedral y de la abadía de Nuestra Señora de

Boulogne hasta el 14 de Enero de 1791, en que fué inventariada con el resto "del mobiliario"; después desapareció.

Era una corona mural, rodeada por ocho torres almenadas, cada una de las cuales contenía una reliquia. La misma forma tiene la que ahora se ha construido.

La bendición de la corona ha sido un acto solemnisimo, y la coronación tanto más imponente, cuanto que se ha verificado en el mismo lugar en que fué quemada la antigua imagen durante el Terror.

En la calle principal por donde debía pasar la procesión, se había figurado la puerta antigua con sus muros y torreon almenados, y lejos en el mar se veía á la Virgen antigua arribando á las playas de Boulogne en una barca misteriosa.

Los dibujos que publicamos representan los principales episodios de esta gran fiesta religiosa.

La nueva iglesia fué bendecida el año de 1857.

Un pueblo que tributa á la Virgen Santísima cultos tan fervientes, todavía es un gran pueblo cristiano. Francia se salvará por la intercesión de Nuestra Señora.

### LA ESCUADRA ESPAÑOLA DEL MEDITERRÁNEO

Con motivo de los recientes sucesos marítimos, se han publicado muchas estadísticas de nuestras fuerzas navales. He aquí la más exacta y compendiada:

19 buques de primera clase, á saber: 5 fragatas blindadas con 60 cañones; 12 fragatas de hélice con 280 y 2 con 13; 17 de segunda clase; 5 vapores, 10 de hélice, y los transportes, que pueden disponer de 50 á 60 cañones; 88 de tercera clase, ó sean: un monitor blindado con 3 cañones, una batería flotante de 5 cañones; 26 vapores de hélice y 37 cañones; 48 cañoneros de hélice con 57 cañones, y 12 vapores más bastante peores y peor artillados.

El personal consta de un almirante; 6 vicealmirantes; 21 contralmirantes; 60 capitanes de navío; 98 capitanes de fragata; 325 tenientes de navío; 171 alféreces y guardias marinas; 68 jefes y oficiales de artillería; otros tantos de ingenieros; muchos más de administración; la escala de reserva que consta de 75, entre ellos 4 vicealmirantes; 2 contralmirantes; 22 capitanes de navío y 31 capitanes de fragata; 14.000 marineros; 3 regimientos de infantería de marina, mandados por un general; cuatro brigadieres; 6 coroneles; 400 oficiales y 8.000 soldados, que con las reservas pueden llegar á 12.000.

La escuadra de instrucción se compone en la actualidad de las fragatas blindadas *Vitoria* y *Numancia* y las de madera *Carmen* y *Gerona*; pero ahora va á ser reforzada con otros buques para estar apercibida á cualquier eventualidad.

Si continúa el entusiasmo actual por el desarrollo de nuestra marina de guerra, podremos tener algún día una escuadra más formidable. Bien lo merece nuestra patria, cuya situación geográfica parece indicar sus destinos en los mares.

### MÚSICA DE LOS INDÍGENAS DE LAS CAROLINAS

El grabado que vamos á explicar representa un paisaje de la *Isabela*, una de las *islas de Salomón*, próximas á las Carolinas, con las cuales tienen íntimas analogías.

Por las vistas que publicamos en el número anterior podrá verse la semejanza; pero ahora debemos añadir que las Carolinas son de costumbres más dulces y apacibles, como su clima, y más accesibles á las conquistas de la civilización.

Por lo que hace á la música, de que son aficionados, se hallan tan atrasados, que no poseen más que instrumentos rudos de un salvajismo palpable. He aquí la descripción del más notable, hecha por un misionero: lo forman colocando un tronco de cierto árbol hueco sobre dos montones de madera y golpeando fuertemente en él con un haz de varillas metálicas construidas á propósito.

El sonido es largo, prolongado y siniestro; como que lo suelen usar en sus sacrificios y ceremonias funerarias.

Los misioneros han logrado grandes éxitos por medio de la música. Nada les cautiva más que una flauta ó un violín; se entusiasman profundamente, al mismo tiempo que se extasían con un arrobamiento conmovedor.

En nuestro grabado pueden verse algunos otros objetos característicos de la Oceanía, que completan en cierto modo los grabados del número anterior.

## CARLOS WILLIAM SIEMENS

(Conclusión.)



AMBIÉN la horticultura ha sacado grandes ventajas de los estudios de Siemens; descubrió un sol artificial que suple la insuficiencia del astro del día. La luz eléctrica produce el clorófilo y puede dar á las flores y á las frutas un color admirable y un gusto exquisito, siempre que se procure tamizar los rayos solares á través de un vidrio blanco. Sir William consiguió desarrollar la vegetación hasta su último grado; guisantes sembrados en Octubre maduraron en Febrero; fresas plantadas el 16 de Diciembre daban frutos sabrosos el 14 de Febrero, y el 10 de Marzo se servían en su mesa exquisitas uvas que se habían desarrollado bajo la influencia de una lámpara eléctrica de una potencia igual á 4.000 bujías, y colocada á 5 metros sobre el suelo. Se puede esperar que no está lejano el día en que el hombre despertará en la hulla la energía solar que duerme en ella desde

el origen del globo, porque quemando esta hulla sepultada en las entrañas de la tierra, podrá renacer la exuberante vegetación del terreno carbonífero.

¿Cuántas cosas no serán posibles cuando poderosas fábricas eléctricas distribuyan en nuestras ciudades y en nuestras casas esta energía eléctrica susceptible de transformaciones tan diversas? Siemens se proponía hacer de la electricidad un producto industrial y canalizarle como el agua, el aire comprimido y el gas. Cuando le decían que esta producción de electricidad apresuraría la aniquilación de las minas aumentando considerablemente el consumo de combustible, respondía: Aforando la catarata del Niágara, se demuestra que pondría 17 millones de caballos de vapor á nuestra disposición; ahora bien, para producir este trabajo sería necesario quemar 260 millones de toneladas de carbón cada año, es decir, el equivalente á la producción total del globo.

Para utilizar esta inmensa fuerza que hoy se pierde hay que poder trasladarla á grandes distancias. Bastaría para ello, según el atrevido electricista, con un tubo de cobre de 3 pulgadas de diámetro, con el cual se atrevía á transportar una fuerza de 4.000 caballos á una distancia de 30 millas. Para distribuir la energía total de la corriente establecería derivaciones en el conductor principal; estas derivaciones estarían reguladas por medio de aparatos, de los cuales él daba el dibujo. De este modo utilizaba una propiedad del carbón de la que Edison ha sacado gran partido, la corriente debía recorrer una serie de rodajas de carbón acumuladas unas encima de otras en forma de pila, y apretadas entre sí, y atravesadas por un alambre de acero calentado por la corriente. No faltaron incrédulos que trataron estos proyectos de sueños sin fundamento, pero después de las exposiciones de electricidad de París, Londres, Munich y Viena, podemos esperar que muy pronto será un hecho el transporte de la fuerza á grandes distancias y en condiciones económicas, y que la división de la energía se llevará á cabo sin dificultad ninguna. M. Marcel Deprez, ayudado por el oro de los Rothschild, persigue constantemente la solución de este interesante problema, que Siemens propuso uno de los primeros.

Jointamente con su hermano Werner tuvo la idea de construir ese ferrocarril eléctrico que tanto excitó la curiosidad pública en las exposiciones de Berlín, Bruselas y París. La vía no medía al principio más que 300 metros de largo, la entrecía era de hierro malplano, en ella se apoyaba la locomotora por medio de dos galeas. Una máquina generatriz fija estaba unida por uno de sus polos al conductor aislado, y por el otro polo á los rails. La recetriz colocada encima de la locomotora se apoyaba por uno de sus lados al conductor central, y por el otro á los rails. Esta máquina era, pues, la que dirigía el movimiento; arrastraba tres vagones, en cada uno de los cuales podían ir unas 20 personas; la velocidad era de 4 metros cada segundo. El año siguiente, el coche automóvil de la exposición de electricidad de París, transportaba 50 viajeros, ó sea un peso total de 9.000 kilogramos, con una velocidad de 70 kilómetros por hora. Los curiosos miraban este coche como un juguete ingenioso, pero era un ensayo muy serio y una innovación de risueño porvenir. Un ferrocarril eléctrico unía ya la Cadettens-chule de Berlín con Lichterfel, que distan entre sí tres kilómetros. Viena construyó su metropolitano, y París hace mucho tiempo que tendría el suyo si los ediles de la ciudad no se hubieran opuesto á ello. Siemens había colaborado como siempre á los ensayos de su hermano, tomando en ellos una parte muy considerable. Hizo más aun; acaba de inaugurarse el 14 de Diciembre del año último en el Norte de Irlanda un ferrocarril eléctrico de 19 kilómetros que fué proyectado y construido por él. Esta línea une Portrush á Bushmills, es muy accidentada y hay en ella una pendiente de  $\frac{1}{8}$  en una longitud de 3.500 metros. Tres turbinas de 40 caballos, cada una movida por las aguas del río Bush, mueven una máquina dinamo excitada en derivación; basta por el pronto con una fuerza electro-motriz de 250 caballos. La corriente es llevada á lo largo de la vía por dos hilos aislados, y se encierra por los mismos rails. Unos acumuladores condensan la energía en las bajadas para restituirla en las subidas. Este ferrocarril se prolongará con el tiempo, primero hasta Dervock y después atravesará el Norte de Irlanda. El sistema de locomoción que ha inaugurado Siemens, no puede, es verdad, luchar con el vapor; sin embargo, Edison anunciaba últimamente *urbi et*

1 On the transmission and distribution of energy by the electric current; PHILOSOPHICAL MAGAZINE, VII, pág. 353, 1889.



orbi la construcción de una locomotora destinada a revolucionar la industria de los transportes. Es verdad que Edison promete mucho más que cumple, que es en lo que menos se parece a nuestro sabio biografiado.

Sir William Siemens era, en efecto, de una grave circunspección y de una reserva admirable. Nadie ha sabido mejor que él beneficiar a la industria con los progresos de la ciencia. Y sin embargo, jamás se enorgullecía con los brillantes resultados que obtenía, y conservó siempre la apreciación exacta de las cosas. Así, después de haber anunciado con suma modestia en Southampton el establecimiento de su ferrocarril eléctrico decía: «Estas máquinas locomotoras eléctricas ofrecen grandes ventajas sobre el vapor y los caballos en las ciudades, en los túneles y en todos los lados donde se pueden emplear los principios naturales de energía, tales como las cascadas. Sin embargo, en la actualidad sería absurdo creer que pudieran luchar con las máquinas de vapor de los ferrocarriles ordinarios.»

Esta desconfianza en el resultado es uno de los caracteres de los verdaderamente sabios.

Inglaterra estimaba a Sir William en lo que valía, y le hizo unos funerales regios en Wetsminster. Una súplica encabezada por el Príncipe de Gales, pidió para él que sus funerales fueran públicos; todos los hombres más eminentes de Londres, y los sabios llegados expresamente de todos los puntos del país, acompañaron sus restos mortales a la última morada, donde reposan en medio de otros mil, que como él ilustraron la Gran Bretaña.

El 21 de Noviembre el *Times* resumía así un elocuente artículo necrológico:

«Todos los que le conocieron llorarán la pérdida de este excelente sujeto, de noble carácter, tan lleno de abnegación, ardiente sólo contra el charlatanismo científico y las empresas desproporcionadas. El país ha perdido con él un servidor fiel, el más distinguido de todos aquellos cuya vida está consagrada a labrar la felicidad del género humano. Inglaterra cuenta con grandes talentos, sin embargo pocos la han servido tan bien como este hijo adoptivo, pocos en cuya vida cuenten con tantos trabajos útiles.

### A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES

SALUDAD, pobres cautivos,  
A la Virgen redentora:  
Alce cánticos festivos  
La devota cristiandad;  
¡Oh, qué hermoso brilla el día  
En que el mundo su bandera,  
Que a los cielos da alegría,  
Tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;  
Cese el mísero gemido;  
Vuestros hierros serán rotos;  
Libertados vais a ser.  
¡Virgen Madre! Tú a la vida,  
Tú a la fe, que desfallece  
De peligros combatida,  
Te dignaste socorrer.

Llegó a Ti la queja triste  
Del esclavo encadenado,  
Y apiadándote quisiste  
Poner fin a su dolor;  
Coronada de luz bella  
De los cielos descendiste,  
Y la noche vió la huella  
Del celeste resplandor.

Abrásado en santo celo  
Se desvela el gran Nolasco,  
Y postrado ruega al cielo  
Por la opresa humanidad,  
Cuando ve tu faz serena,  
Y tu dulce voz le envía  
Al que yace en vil cadena  
Para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya  
Y de tu Hijo soberano,  
Le has mandado que instituya,  
Y le ofreces ayudar:  
Orden santa que socorra  
Al cautivo, y le conforte  
En la lóbrega mazmorra,  
Y le vuelva al patrio hogar.

Virgen Santa, Tú proclamas  
La embajada bienhechora:  
En las almas Tú derramas  
De piedad heroico ardor;

A tus hijos se encomienda  
Afanar por el cautivo,  
Y aun dejar la vida en prenda  
A su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto  
Del que gime en cárcel dura;  
Dale alivio en su quebranto;  
Fortalece en él la fe;  
Mueve el pecho compasivo  
De la grey cristiana toda,  
Y los medios, al cautivo,  
De romper sus grillos dé.

En la Orden que fundaste,  
Alimenta la encendida  
Caridad con que abrasaste  
De Nolasco el corazón,  
Y en el lance pavoroso  
De la hora postrimera,  
Danos ver tu rostro hermoso,  
Prenda fiel de salvación.

ANDRÉS BELLO.

### LA BUTACA DEL BARÓN DE ROTHSCHILD



UANDO tuve ocasión de conocer a Arnoldo Raymond, era éste un pobre artista que vivía de sus pinceles, es decir, que vivía de muy poco y sobradamente mal. En los escaparates de las tiendas de la calle Lafite hacía colgar acuarelas que apenas se vendían, y pintaba para la exposición anual del palacio de la Industria, paisajes que, raramente se exponían y que más rara vez encontraban compradores. En esa época habitaba una arruinada guardilla en lo más alto de una casa vieja de la calle Nueva-Coquenard, y, por más que diga una perogrullada, el desgraciado se encontraba muy mal en su guardilla. Es verdad que no tenía más que veinte años, edad privilegiada, momento psicológico, al parecer, en el que se disfruta excelentemente del verdadero encanto de las guardillas.

Transcurridos algunos meses, el mismo Arnoldo Raymond se hallaba instalado en un lindo hotelito de la avenida de Eylau, casado con una buena mujer a quien amaba tiernamente y de la que era amado como en los primeros rayos de su luna de miel; poseían y poseen aún una fortuna considerable puesta sabiamente al abrigo de ciertos valores y de ciertos notarios; lleva una vida tranquila, libre de angustias morales y de pagarés protestados... Y sin embargo él no ha ganado ningún castillo en Alemania, ni en las ingeniosas combinaciones del banquero Reigannum, ni tampoco le ha caído el premio mayor en la lotería de los lingotes de oro. ¿Habría concebido la primera idea del canal de Suez y la habría vendido a Mr. de Lesseps? Tampoco. O vosotros que ansiáis aclarar este misterio, leed este cuento de hada que no es un cuento. Contiene el verídico relato de la decadencia y del esplendor de Arnoldo Raymond, historia no muy común, en verdad, la que comienza por la decadencia y tiende a la grandeza, al revés de la generalidad de las historias de nuestra sociedad y de todas las sociedades, desde que el mundo es mundo.

Pues, cuando nos encontramos por primera vez, Arnoldo Raymond vivía al día. Condolido del presente y espantado del mañana, llevaba el luto de sus ilusiones y de sus esperanzas. Por más que se diga y poetice lo contrario, la miseria es la enfermedad más espantosa que existe, pavorosa al igual que la peste, porque todo el mundo se aleja de los desgraciados con tanto cuidado como se huye de los apesados.

Una noche que se había retirado más triste, más desesperado que de costumbre, Arnoldo sentóse con abatimiento delante de su mesita coja y a la vacilante luz de una vela escribió esta carta cuya lectura hará conocer la exacta situación de nuestro héroe, como diríamos si compusiéramos un poema épico.

«¡Oh Felipe, cada día aumenta la admiración que yo te he consagrado! Eres verdaderamente sabio y realmente fuerte. Venido, como tantos otros a París, atormentando por locas ideas de fortuna y de gloria, has tenido el raro valor de despertarte bruscamente en medio de tus sueños, y convencerte de que el hombre no ha sido hecho rey de las cosas creadas para consumir su existencia corriendo detrás de vanas especulaciones y de teorías químéricas. Entonces, sin indecisión, sin inquietud has renunciado a tus ambiciones de joven, y sin mirar detrás de ti te has vuelto hábilmente a nuestro país natal. Yo durante ese tiempo permanecía en el abismo deteniéndome a escuchar el pérfido canto de las

sirenas. Tengo veintiocho años: no soy bastante joven para ilusionarme sobre mis aventuras del porvenir y tampoco soy bastante animal para hacer responsable al género humano por entero de mi falta de éxito. Guárdeme Dios de suponerme un genio superior, un hombre desconocido. Cualquiera que tiene talento llega, llegará o ha llegado. Sólo los torpes quedan en el camino sin poder acabar de llegar al fin. ¡Quién sabe! Tal vez había en mí excelente condición de un perfecto tapicero y no soy más que un pintor mediano. Cuanto más inteligente eres tú, qué lección me has dado abandonando la poesía para echarme en brazos de la agricultura, lo que es tanto más hábil y tanto más meritorio, cuanto que a la pobre le faltan brazos, según leía yo esta mañana en un periódico ordinariamente bien informado.

«Cuando se forma el propósito de confesarse, es preciso que la confesión sea completa, absoluta. Sabe, pues, que la pequeña herencia que he recogido de mi padre me la he comido corriendo tras el éxito, como otros se han arruinado buscando la piedra filosofal. El éxito no ha venido y el dinero se ha marchado. Bien sabe Dios la vida de anacoreta que llevo en medio del boulevard de los Italianos, a tal punto, que aun mascullo, después de quince meses, el billete de a mil francos que me enviaste sobre la venta de tu última cosecha. Contempla en mí a un espartano que se regala todos los días con una taza de leche y azúcar.

«¿Qué hacer? ¿Para qué sirvo? ¿A qué trabajo podría dedicarme con provecho? Me voy acostumbrando a una pereza que no podré vencer en lo sucesivo... Finalmente es preciso que te lo diga: ¡Estoy enamorado, enamorado loco, y loco de atar! ¡Dios poderoso! ¡No era yo bastante digno de lástima! ¿Es necesario añadir que la buena muchacha jamás será mi mujer? ¿No te sorprenden y espantan estas noticias de mi suerte?

«La mía es una historia bien sencilla, la eterna historia de Eloisa y Abelardo, de Sain-Preux y de Julia. Mi Julia (en realidad se llama Francisca) es hija de un rico industrial retirado de los negocios con un capital de muchos millones, el cual no elegiría jamás a un pintor sin fortuna para yerno suyo; raciocinio bárbaro, pero paternal, que no puedo menos de hallar sumamente razonable. La señorita Francisca Foubert tiene dieciocho años. No te diré que es bella como los amores, cada enamorado tiene su modo peculiar de representar los amores, que no es del todo igual al de los otros.—Si yo hubiere de redactar sus señas, en el margen del pasaporte escribiría: Señal particular: una verdadera maga.

«Tal es la mujer que me he atrevido a amar, mi querido Felipe. Elegido por el tirano de su padre para enseñarla el dibujo que nunca he sabido bastante yo mismo, poco a poco me he dejado prender por el encanto de mi discípula. Con mis ojos de artista había comenzado por hallarla bella; para mí era un modelo maravilloso y nada más. ¡Pérdida admiración, que por senderos floridos me ha conducido dulcemente hacia un abismo sin fondo! Hoy la quiero con el mismo amor con que Pigmalión amaba a su Galatea, con la diferencia, para mi desgracia, de que el escultor griego supo enternecer a los dioses del Olimpo, mientras que yo no sabré enternecer a nadie.

«Este amor ha venido a ser el manantial de mil placeres, al propio tiempo que de mil sufrimientos. Verla, hablarla, cortar su lapiz que le ofrecía con mano trémula, eran otros tantos placeres que llenaban mi corazón de delicias. He aquí ahora el reverso de la medalla: tú conoces mi guardarropa, sabes cuán modesto ha sido en todo tiempo y de qué cuidados religiosos le rodeo. Pues bien, a pesar de una asidua ternura para cierto pantalón color panza de burra, que no data de ayer, a pesar de mi perenne veneración para mi único frac negro, de una edad igualmente respetable, todo esto blanquea por la parte de las costuras y se rasga cruelmente. Me es materialmente imposible decirte con qué opresión de corazón asisto al espectáculo de esta descomposición. Bástete saber que, después de tu partida, se ha hecho extremadamente difícil el hacerse vestir en París. Los sastres se han cansado de su papel de bienhechores de la humanidad. Los hay que, para entregar una levita exigen una hipoteca de primer orden sobre vuestras propiedades: otros más razonables, se contentan con que se les pague un mes por adelantado la obra. Ni uno sólo fiaría a su propio padre un chaleco del valor de 30 francos. Desde luego debes comprender mis mortales angustias. Bien que no sea más que mediano, en rigor, mi traje es aún presentable; pero una vez roto éste, ¿a qué sastre podré recurrir?

«Estas dolorosas reflexiones me las hacía ayer, las repetía esta mañana y aun en este momento. Cuan-





## CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE BOULOGNE-SUR-MER.

La Coronación de Nuestra Señora en la plaza de Godofredo de Bouillon.—La procesión saliendo de la Basilica de Nuestra Señora.  
La carroza de Nuestra Señora y la procesión sobre el Puerto.

do me presenté en casa del Sr. Joubert para dar mi lección á su hija:—Caballero, me dijo el criado, mi amo desea hablarle, tenga usted la amabilidad de pasar á su gabinete.

»He dirigido una mirada á un espejo y me he sonreído con complacencia. Mi pantalón color de panza de burra y mi frac negro, salidos recientemente de las manos de un hábil quitamanchas, relucían con un brillo inusitado. Me apresuré á registrarme, y no me encontré ni un solo guante en mis bolsillos. No hay felicidad completa aquí abajo.

»El Sr. Joubert había tomado un continente grave, una fisonomía severa, con un endiablado aire solemne, que yo no le conocía.

—»Señor Raymond, me ha dicho profundizando su mirada en la mía; yo no soy un padre de comedia, tengo ojos y naturalmente veo, tengo orejas y consecuentemente oigo. Con esto quiero decir á usted que conozco sus sentimientos para con mi hija.

»He quedado confundido.

»El Sr. Joubert ha continuado con un desbordamiento de ironía glacial.

—»Convengo en que es usted un guapo joven; quiero creer que tiene usted mucho talento; pero yo soy el autor de los días de mi hija. Esta no se casará sin mi aprobación, y bajo este supuesto le prevengo que usted no será jamás mi yerno... ¿Tiene usted algo que contestarme?

»Como comprenderás muy bien, nada he contes-

tado, he tomado mi sombrero y me he salido con dos gruesas lágrimas en los ojos.

»Ve ahí, dónde me encuentro, mi querido Felipe. Habiéndote hecho conocer mi balance con tanta franqueza, debo después de haberte dicho mi pasivo, enumerarte las riquezas de mi activo. Consuélate, esta adición no alargará mucho mi carta. He aquí de qué se compone mi activo: Disfruto de una entrada gratis en la Opera. En cambio de una acuarela que le he ofrecido, el director me ha otorgado este favor tan envidiado. Quiero apresurarme á usar de él. Preveo que en un porvenir muy próximo, el estado de mi guardarropa me impondrá cuarentenas indeterminadas.»

## II

Arnoldo Raymond dijo que usaría de su derecho de entrada en la Opera; la verdad es que abusó de él. Que el primer tenor cantase ó que el teatro estuviese entregado á artistas de cuarto orden, poco le importaba. Con igual puntualidad asistía á las graciosas piruetas de la primera bailarina que á las ridículas cabriolas de los más humildes corifeos. Las primeras noches que pasó en la Opera le faltó poco para que le fueran fatales. Perdido en la vasta sala deslumbradora de luces y dorados, al lado de los hombres más distinguidos y de las mujeres más hermosas de París, frecuentemente se vió obligado á dejar el puesto más que de prisa. Entonces iba

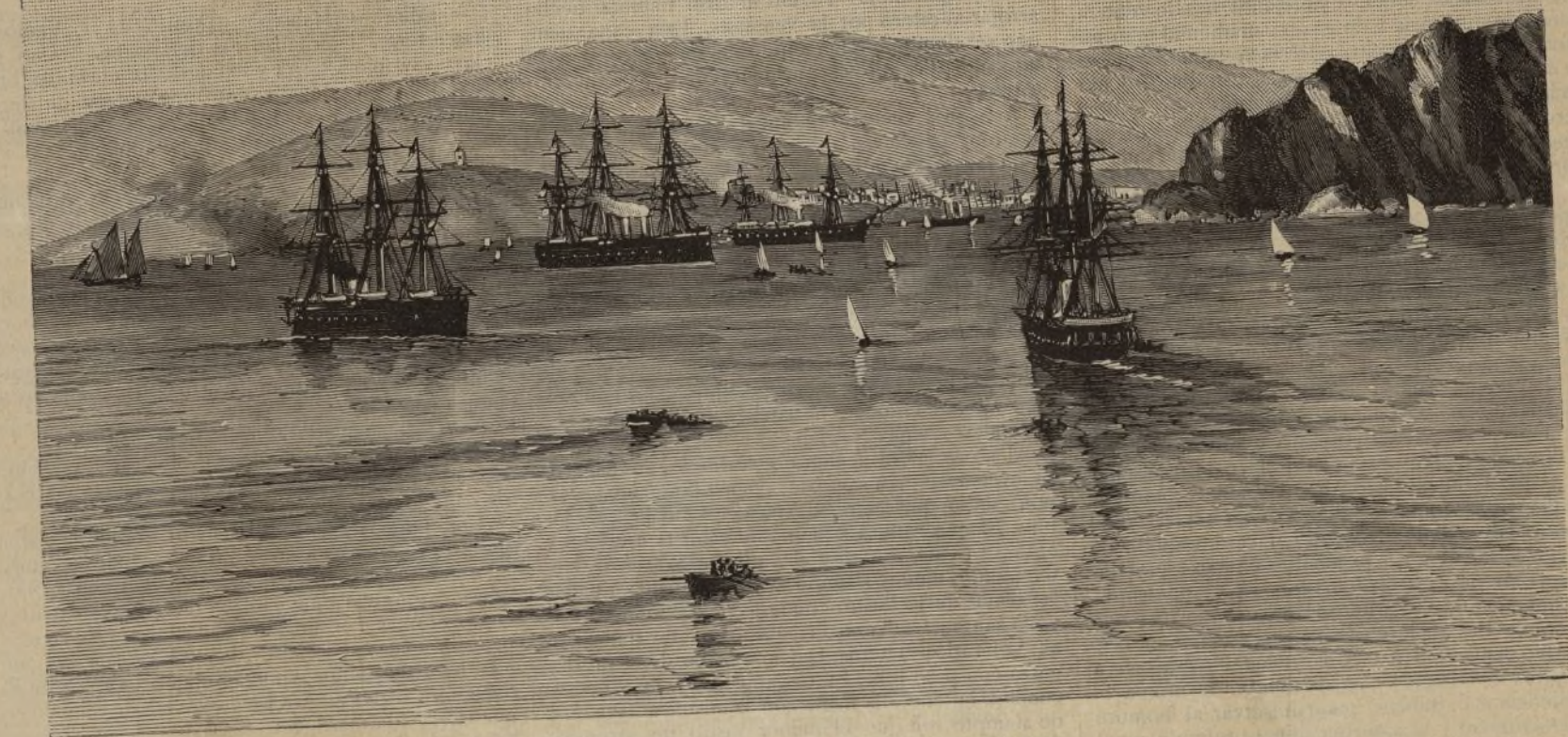
errante por las calles como un loco, con el ojo ardiente, el pecho anhelante, perdida la cabeza de insaciables deseos de gloria, de riquezas y de amor.

No le bastó menos de un mes entero de asidua frecuencia antes de poder asistir tranquilamente á las representaciones de la Opera. Entonces, habiéndose calmado sus emociones, la Academia de música se transformó para él en un verdadero lugar de refugio, en un dock cómodo y seguro, donde, llegada la noche, se consideraba feliz de poder reponerse de las tempestades del día. Encontraba también en ello una economía de alumbrado y de provisión de leña que no dejaba de figurar ventajosamente en su presupuesto.

Arnoldo había escogido el lado izquierdo de la orquesta y allí se colocaba invariablemente. Entre los sillones que se encontraban entonces en aquel sitio, había uno que en su forma se distinguía de la uniformidad de los otros. Este era más bien que sillón una butaca, pero una butaca ancha, cómoda y muelle.

El mismo *Guillermo Tell* hubiera ganado con ser oído desde esta butaca encantada. Pertenecía al señor barón Jaime de Rothschild, y como el ilustre banquero no tenía enteramente los mismos motivos que nuestro artista para frecuentar asiduamente la Opera, atendido que dicho señor estaba también abonado á un palco de enfrente, de ahí se sigue que su butaca estaba frecuentemente vacía. Entonces pertenecía al primero que la ocupaba, y con este tí-





LA ESCUADRA ESPAÑOLA DEL MEDITERRÁNEO.

Carmen.

Vitoria.

Numancia.

Gerona.

tulo nadie tenía más derechos reales que Arnoldo Raymond, el cual llegaba á su puesto en compañía de los faroleros y se marchaba al mismo tiempo que los acomodadores.

Una noche, á la salida del espectáculo, resbaló en la acera de la calle Rossini y cayó sobre el empedrado. Llegado á casa, enteróse con dolor de que esta malhadada caída había dado un golpe mortal á los frac negro y pantalón panza de burra, de que hemos hecho mención precedentemente. Noche horrible debió ser esa, y nadie duda que Arnoldo, en vista de tales desastres, de tales ruinas, se entregaría á punzantes reflexiones impresas de ese color trágico y sombrío que M. Víctor Hugo ha prodigado en el célebre monólogo de Carlos V.

Al día siguiente, muy temprano, un fuerte campanillazo interrumpió el hondo silencio de la guardilla de Arnoldo. Abrió éste su puerta y quedó petrificado reconociendo en su visitador al autor del frac y del pantalón, cuyos cadáveres yacían en un rincón del taller.

Volvióse tristemente á la cama, donde se tendió suspirando. Se le hubiera tomado por un héroe de la fe cristiana preparándose para el martirio.

Entretanto el sastre tenía su sombrero en la mano con toda clase de pequeños gestos obsequiosos y sonrientes.

— ¡Dios mío! dijo después de un momento de silencio, ¡qué pesoso estoy de haber turbado su sueño... Pero también es su falta de usted... No se deja usted ver nunca por casa! ¿Me hará usted la injuria de privarme de su clientela y retirarme su confianza?

Arnoldo escuchaba sin comprender.

El sastre prosiguió redoblando las fruslerías:

— Anoche le vi á usted en la Opera, y en verdad me quedé admirado del poco cuidado que presta usted á su *toilette*. ¡Qué diablo! nobleza obliga, como se dice, y también el talento es nobleza. ¡Tenga usted! Aquí le traigo un muestrario completo, elija

usted lo que más sea de su gusto; quiero que antes de ocho días sea usted uno de los reyes de la moda.

Preguntándose, si no era fascinación de un sueño, Arnoldo encargó seis pantalones, tres levitas, dos fracs, algunos paletós y chalecos en cantidad formidable.

El sastre le dijo al despedirse:

— ¿Va usted constantemente á la Opera, señor Arnoldo?

— No falto á ninguna representación.

— ¿Y ocupa usted con frecuencia la butaca donde le vi ayer?

— Nunca ocupo otra.

El sastre no preguntó ya más. Ocho días después nuestro artista ostentaba en la Opera un traje que no hubiese desdeñado un primer galán del Vaudeville.

El viernes siguiente, habiéndole encontrado su casero en un pasillo le cogió amigablemente del brazo, dió con él una vuelta por el vestíbulo y, como su inquilino andaba buscando el modo de excusarse del retardo en el pago de sus alquileres:

— Ni una sola palabra con respecto á esto, exclamó el propietario, ó vamos á regañar. Mi casa está abierta para usted, como mi corazón. Lo mismo, si de improviso se halla usted en algún apuro, prescinda usted de toda ceremonia... mi bolsa está á su disposición. ¡Voto á...! usted me lo devolverá todo junto. Con un buen mozo de talento como lo es usted, cuando se tienen las bellas relaciones que usted posee, no hay razón alguna para que sus acreedores pasen inquietud ninguna por su dinero.

¿Os acordais de aquel pobre diablo de Bagdad á quien adormecen con el auxilio de un poderoso narcótico? Se le transporta á un palacio del Sultán, se le visten trajes de brocado cuajados de diamantes y de perlas finas, le colocan sobre un lecho de seda y de terciopelo; si bien al despertar el pobre hombre se frota los ojos, interroga sus recuer-

dos y no tarda en perderse en un laberinto de absurdas hipótesis, en un dedalo de conjeturas insensatas.

Arnoldo precisamente se encontraba en una situación análoga á la de aquel personaje de las Mil y una Noches. Todo lo que desde hacía algún tiempo le pasaba era tan increíble, que algunas veces había llegado á dudar si tenía sana su razón. Un hecho inesperado elevó al colmo su pasmo. El padre de Francisca le escribió un día, que desde la separación, nunca bastante bien sentida, de su profesor de dibujo, su hija no hacía ningún progreso. En consecuencia suplicaba á Arnoldo quisiera de nuevo hacerse cargo de sus funciones y recibir al mismo tiempo sus excusas con motivo de ciertas palabras un poco agrias pronunciadas en un momento de deplorable vivacidad.

ALBERIC SECOND.

(Se concluirá.)

## POLVOS Y LODOS

## III



la mañana siguiente era ya la una, y aun no se había levantado Manolo; mas ni por eso dormía. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hosca mirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexión, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atráíale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasión le había ocultado, y sacudía las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber inten-



tado pagar una deuda con un robo; quería á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubierto de la ruina y la deshonra, y afanabase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes: anegada su razón en un mar de ideas opuestas, parecía oscilar, como una luz que se apaga, dejando tan sólo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole, y aquel cortinaje de seda que se movía cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolcaba en su lecho, y mordía las almohadas desesperado... De nuevo volvía á todas partes los ojos, y de nuevo dirigía á todas partes sus pensamientos, y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le aprisionaban sus deudas y su deshonra... ¡Tan sólo el infeliz no elevaba sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le había mostrado! ¡Tan sólo no los levantaba á María, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar Madre...!

Pasaban entonces en su imaginación cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos días de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda; uniendo á su dolor, el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que lo sufre, algo de la impotente rabia del condenado!

— ¡Ah! — decía el infeliz sollozando: — ¡Si yo supiese ganarme la vida! ¡Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme...! ¡Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos...! ¡Ay! ¡Mi padre no quiso que un ayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano...! ¡Mi madre no consintió que un profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio...!

Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habían enseñado á invocar nunca...! ¡Ah! ¡si aquel padre, si aquella madre, hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, cuán prudente hubiérase juzgado la previsión de esos otros padres ricos, opulentos, grandes, que no se desdennan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre y hoy más que nunca incierto! ¡Cuán saludable esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al trabajo, para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV, cuando arrastrado por su foga-sidad nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «¿Pero no había varas en mi reino cuando yo me educaba...?»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á Manolo de sus amargas reflexiones. Al oírlo se incorporó de un salto en el lecho, con esa zozobra compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobrescrito cuya letra no conocía: decidióse al fin á romper el sobre y cuatro mil reales en billetes de banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permítame usted, pues, que le ofrezca el mío, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede usted solicitar en el Ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuasión de que le será concedido, y por si acaso se encuentra usted al presente en alguno de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre usted en disposición de hacerlo.

»No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo pues, y escuche mientras tanto un leal consejo, que si en algo le punza es tan sólo para curarlo. Difícil es ser pobre con decoro á quien fué quizá rico con orgullo; pero si quiere usted que esto se le haga fácil, practique sus deberes religiosos, y bien pronto echará raíces en su alma esa fuerte hija de la fe que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y releó esta carta, y fuera de sí de alegría se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina que le tendía la mano, brotase en su corazón egoísta, y

como tal ingrato...! Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja condesa hubiese descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran éstas de seda, y podían crujiar al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la condesa al pasar por allí cuando se despidió de Manolo; y el grito... ¡ay! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora antes, le parecía entonces sin duda de ningún género, que debió de ser tan sólo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que desde luego debió de ocurrírsele: que quizá la misma condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque común á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

— ¡Imposible...! Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algún buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre, y se encaminó con la mayor frescura á casa de la condesa.

— ¡Audacia! ¡audacia! se decía para acallar aquellos temores que, á medida que se acercaba al palacio, de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar ó el de pedirle perdón, confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaqueáronle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo entró con paso firme en el gabinete, y... vió que la condesa le tendió la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto, asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse, contivose, sin embargo, y alegre y chancero como nunca, se puso á bromea con los otros convidados que aquel día tenía la condesa. Esta por su parte le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella misma las famosas *côtelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

— ¿Vas á la ópera, Manolo?

— A lo menos iré al terceto — respondió éste; cantan esta noche *Lucia*.

— Pues me vas á hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la baronesa, porque hoy le toca su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro repitiendo casi en voz alta:

— ¡Nada sabe! ¡nada sabe...! ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenía de costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

— ¡Imposible que sea ella! — exclamó Manolo tirando la carta con rabia. Si así fuera, sería esa mujer el demonio del disimulo...!

Y no se le ocurrió decir al ingrato: el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado: había de pagar antes que nada su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había

después de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un consulado en Rusia, único país de Europa que no había visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo, iría pagando poco á poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas fríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo con los billetes en el bolsillo á pagar el mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión á algún criado, se compensase éste con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

— ¡Manolo! — grito éste deteniendo el coche. — ¿No vienes al Hipódromo?

— ¡No, no puedo! — respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche, á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

— ¡Mira! — ¡Manolo! — ¡Ven acá! — ¡Vamos á las carreras! — gritaban los del coche. — Uno de ellos echó pie á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo de su asiento una botella de Jerez todavía lacrada, y echándosela á la cara, cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

— ¡O vienes, ó disparo...!

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el joven que guiaba, y le dijo en alemán, con cierto tono incisivo:

— ¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta, hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *el Marqués del Ochavo*, le irritó de tal manera, que contestó también en alemán, con una arrogancia digna de su futuro consulado:

— ¡Cuántas quisieras te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora después de tomado el *lunch*, había perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía además á cierta Marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportmen*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la compañía de bufos...!

¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa *gracia divina* que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

#### IV

Al pie de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardía, brota al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo-Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de Fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de tumbas de suicidas: la ruleta de Baden-Baden, que expulsada de Alemania ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *hôtel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta sin embargo un salón de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro. ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compás de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada, para fiar á un punto de la ruleta, cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de la *Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahures y bribones que pululan al rededor de las mesas de juego como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias y se sufren todos los dolores...



Allí también acude de cuando en cuando la muerte, á escarbar en aquel cenagal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma que cae en manos de Dios vivo, mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por Agosto de 18\*\*\* llegué á este famoso hotel, acompañando á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas. Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma me preparaba yo en el aposento inmediato á escribir algunas cartas. Aun no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detivéme tan sólo el tiempo necesario para coger mi Crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dedalo de corredores, guarnecido por todas partes de puertas.

— ¿Y está muy grave? — le pregunté por el camino.

— Yo creo que está ya muerto — me contestó con la mayor naturalidad. — Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... ¡Madonna mia! ¡qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo...!

Comprendí que no era ocasión de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

Pero el médico, ¿qué ha dicho?

— Si el médico no lo ha visto, *signor*... Ese hombre no viene á las aguas, viene á la ruleta... Es un pobrete, *signor*; paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacasen antes del alba el cadáver de aquel hombre, que aun no se sabía si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre, que respiraba fatigosamente: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. A la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubría su semblante, destacábanse esas manchas rojas y granujentas, amoratadas entonces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté sin embargo; ocurrióme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso y hasta un criminal, pero no era, seguramente, un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fe, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente y después con violencia; habléle luego al oído en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Mas el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al extor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Rocca-bruna, y distaba más de una hora de camino por la áspera pendiente de la montaña. Fundándose entonces en que al pedir aquel desgraciado un sacerdote había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub conditione* le di la absolución. Coloqué después mi Crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos con mi propio pañuelo que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo lejos oía el piano del salón de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido que iba á espirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir bajo las pantallas verdes de sus lámparas los rostros ansiosos de los jugadores que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entonces hacia el lecho del moribundo: creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontréle, sin embargo, en la misma pos-

tura, inmóvil como le había dejado. Entonces volvió á resonar aquel mismo ruido que me causaba escalofríos: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo lejos tocaba entonces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il segreto per esser felice*... Oprimióseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas; y obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el Crucifijo á aquellos labios secos; mas éstos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

A las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca una poca de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entonces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendación del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas, Veas á tu Redentor frente á frente*, el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hacia atrás la cabeza con tal violencia que sentí crujir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror que me corría de pies á cabeza, y apenas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminirlas llamé á la camarera, y á poco llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entonces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrían una puerta que daba al campo, situada al pie de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude distinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía el diestro á un borrico; sobre éste iba atravesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Rocca-bruna, antigua ciudad de Mónaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino, enredóse la sábana en un matorral, y desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

## V

Aquella tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel, suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

— Era un falsario de España — me dijo. — Vea usted lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas y vi con indecible espanto que iban todas dirigidas á Manolo...

Entonces se me ocurrió escribir esta historia para dedicarla á ciertos padres de familia.

LUIS COLOMA S. J.

## LA PATRIA.

## I

Queriendo yo un día saber qué es la patria, me dijo un anciano que mucho la amaba: «La patria se siente; no tiene palabras que claro la expliquen las lenguas humanas. Allí, donde todas las cosas nos hablan con voz que hasta el fondo penetra del alma; allí, donde empieza la breve jornada que al hombre en el mundo los cielos señalan; allí, donde el canto materno arrullaba la cuna que el Ángel veló de la Guarda; allí, donde en tierra bendita y sagrada, de abuelos y padres los restos descansan; allí, donde eleva su techo la casa de nuestros mayores... allí está la patria.

## II

» El valle profundo y enhiesta montaña, que vieron alegres correr nuestra infancia; las viejas ruinas de tumbas y de aras, que mantos hoy visten de yedra y de zarzas; el árbol que frutos y sombra nos daba al son armonioso del ave y del aura; recuerdos, amores, tristeza, esperanzas, que fuentes han sido de gozo y de lágrimas; la imagen del templo, la roca y la playa, que ni años ni ausencias del ánimo arrancan; la voz conocida, la joven que pasa, la flor que has regado y el campo que labras, ya en dulce concierto, ya en notas aisladas, oírás que te dicen: aquí está la patria.

## III

» El suelo que pisas y ostenta las galas del arte y la industria de toda tu raza, no es obra de un día que el viento quebranta; labor es de siglos que el cielo consagra. En él tuvo origen la fe que te inflama; en él tus afectos más nobles se arraigan; en él han escrito buriles y hazañas, pinceles y plumas, arados y espadas, anales sombríos, historias que encantan, y en rasgo indeleble tu pueblo retratan. Y tanto á su vida la tuya se enlaza, cual se une en un árbol al tronco la rama. Por eso presente ó en zonas lejanas, doquiera contigo va siempre la patria.

## IV

» No importa que al hombre su tierra sea ingrata; que peste y miseria jamás de ella salgan; que viles verdugos la postren esclava, rompiendo las leyes más justas y santas; que noches eternas las brumas le traigan, y nunca los astros la luz deseada. Pregunta al proscrito, pregunta al que vaga sin pan y sin techo por tierras extrañas, pregunta si pueden jamás olvidarla, si en sueño ó vigilia por ella no claman. No existe á sus ojos, más bella morada; ni en campo, ni en cielo, ninguna la iguala. Quizá, unidos todos se digan mañana: ¡Mi Dios es el tuyo; mi patria tu patria!

V. RUIZ AGUILERA.



## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

**E** pronto se oyó en el silencio de la llanura el toque de trompetas, y se distinguió un ruido sordo y continuo como el galope de un escuadrón de caballería, que parecía acercarse.

Witold pegó un bote en su silla. Alina, aterrorizada, dejó caer sus manos temblorosas y abrió sus ojos velados por el terror.

— Quedaos aquí, voy a ver lo que es — dijo el señor de Sawinski. Tal vez sea un escuadrón de cosacos que atraviesa la llanura.

Witold agitó la cabeza en señal de duda, y el señor de Sawinski se preparaba a salir, cuando se precipitó en la sala, muy asustada, el ama de llaves.

— ¡Los rusos! ¡los rusos! — exclamó ella haciendo ademanes de terror. Rodean la casa, ahí, por el lado del bosque y por el lado de la llanura... ¡Oh! señor, señorita, ¿que va a ser de nosotros?

En este momento, en efecto, las débiles barreras del dvar cedieron ante esta tumultuosa tropa, y se oyó resonar bajo las ventanas el piafar apresurado de los caballos y los ruidosos pasos de los jinetes que bajaban de ellos.

— Llévanos a tu amo, perro de lacayo — gritó en el vestíbulo una voz ronca acompañada del sonoro ruido de las espuelas.

Después se abrió la puerta, y un capitán de husares rusos entró precipitadamente en el pequeño salón de Glonki.

La llegada de los rusos había sido tan repentina, que ninguno de los que estaban en el salón había tenido tiempo para alejarse. A decir verdad, Witold estuvo un momento tentado de saltar por la ventana y buscar un refugio entre los arbustos del jardín; pero semejante huida le parecía vergonzosa, y no podía resignarse a abandonar a este anciano y esta joven a la brutalidad de los rusos, a quienes conocía tan bien.

— ¿Sois el propietario de esta casa, supongo? — preguntó bruscamente el oficial al señor de Sawinski.

— Sí señor — respondió éste inclinándose.

— Os prevengo que voy a pasar esta noche en su casa y que necesito heno y una cuadra para nuestros caballos, víveres y un alojamiento para mis hombres. En consecuencia, vais a dar órdenes, si hacéis el favor. Si no queréis, lo haremos sin vuestro consentimiento y obraremos a nuestro antojo. Llamad a vuestras gentes aquí, y que nadie se mueva, porque estamos buscando un fugitivo.

Aquí Witold no pestañeó; el señor Sawinski dió tranquilamente algunas órdenes a su ama de llaves; sólo la palidez de Alina fué más trasparente aun y llegó hasta sus manos y su cuello.

— ¡Eh! ¡eh! — prosiguió el oficial burlándose, pasáis aquí una velada en familia... ¿Puedo yo convidarme sin más ceremonias?

El señor de Sawinski se inclinó y balbuceó las gracias a su nuevo huésped. La posición de la desgraciada familia era desesperada. Se oía en el patio el ruido de los sables en el suelo, los juramentos y los groseros insultos de los husares abriendo las cuerdas, matando las gallinas y haciendo que los criados les señalasen las bodegas y el granero del heno.

El anciano noble echó una mirada a su hija para animarla, y ésta, levantándose casi desfallecida, sirvió del samovar una taza de té al oficial.

El ruso se había tendido en un sofá y decía, llenando su pipa:

— Es un país maldito el vuestro, señor polaco... He llegado a él hace cuatro días y ya me hacen correr por vericuetos y por caminos detrás de un prisionero del diablo... Esto es muy fastidioso para un hombre que le gusta divertirse... Vosotros sois muy felices, que tomáis tranquilamente el té en familia. Es decir... felices... si tenéis la conciencia limpia y si sois fieles al czar, se entiende, ¡caramba! sin esto las contribuciones, la confiscación, la Siberia y el cadalso!... ¿Esta es vuestra hija? — continuó bruscamente, mirando con insolencia a Alina, que le presentaba su taza.

— Sí, señor capitán.

— Os doy la enhorabuena; en verdad, es una guapa chica... ¿Y ese joven, que no dice ni una palabra fumando su cigarro? No es su hermano, supongo... no se parecen más que esta tetera a mi nariz. Algún novio tal vez, ¿o quién sabe? algún rebelde.

— Es el prometido de mi hija — respondió precipitadamente el señor de Sawinski.

Vuestra primera suposición era muy justa.

— Mire usted... Estos polacos no tienen mal gusto; son finos como galgos para husmear las muchachas bonitas... Mi viejo señor... haced el favor de pasarme la botella de ron. ¿Pensáis que estáis haciendo el té para un novicio?

El capitán echó en un gran vaso que estaba a su lado una enorme cantidad que la tragó de una vez, después continuó, echándose hacia atrás y poniéndose las manos en las caderas:

— Así es que se trata de boda... ¿Y cuándo son los esponsales?

— Señor capitán, se habían fijado para hoy mismo, sólo que ha sido preciso aplazarlo por la muerte de una parienta.

— ¿Hoy mismo...? ¿Hoy...? ¿Habéis dicho que hoy, anciano padre? Es menester confesar que tengo desgracia. Si una de vuestras tías ó primas, ó el diablo sabe quién, no hubiera tenido la poca habilidad de dejarse morir, ¿hubiera llegado a lo mejor de la boda? Hubiera abierto el baile con la novia y le hubiera servido de escudero de honor ¡eh! ¡eh!

El oficial tragó un segundo vaso y se apoyó sobre la mesa, mirando a Alina con ojos atrevidos. Witold se volvió hacia el señor de Sawinski, preguntándole con una mirada, si no haría bien en echar al oficial por la ventana. El pobre padre le aconsejó la calma con un ademán suplicante.

— Permitidme, señorita, gozar más cerca el honor de vuestra compañía — replicó el oficial, que se levantó de su asiento y fué a ocupar un sillón cerca de Alina. — Según eso — continuó él — este es vuestro prometido?

— Sí — respondió temblando la joven.

— Sin duda lo amáis...? No tenéis necesidad de ponerlos pálidos por eso. ¡Caramba! es un muchacho feliz. ¿Y las amonestaciones se han publicado ya? ¿No se esperaba otra cosa que el fin de la boda?

Alina, demasiado conmovida para poder responder, hizo una señal de asentimiento.

— Si yo no fuera yo, quisiera ser él — replicó el borracho rizándose su bigote. Este es uno que debe maldecir a la vieja mamá que se ha muerto adrede... Pero charlando olvido mis negocios; vuestros hermosos ojos, señorita, son la causa. No me han enviado aquí para echar flores a las jóvenes, sino para buscar un prisionero que se ha fugado. ¡Ah! cuando lo haya cogido, le espera una buena! Y los que lo hayan recibido, su cuenta está pronto ajustada también. Los hombres al cadalso, las mujeres a Siberia, y poner fuego a su casa por los cuatro costados...! Lo que hay de bueno, es que he olvidado completamente cómo se llama mi prisionero y cuáles son sus señas. Pero tengo todo eso en mi faltriquera y voy a mirarlo bebiendo un vaso de ron.

El capitán se sirvió un tercer vaso y sacó de su cartera algunos papeles grasientos, que hizo por leer; pero temblaba su mano y su vista no estaba clara por causa de las numerosas libaciones.

— Leedme esto alto, bonita muchacha — dijo dándole los papeles a Alina. Hace mucho calor en vuestra casa, se sufren vértigos, querida mía.

Alina tomó el papel, y un movimiento convulsivo agitó sus labios. Su padre y Witold creyeron que se iba a desmayar; pero cuando echó una mirada al papel, tomó ánimo y leyó en alta voz:

«Wilna 26 de Agosto.

«Debe el Señor X... capitán de husares:

20 botellas de champagne... 40 rublos.

3 días de alojamiento... 6 rublos.

— ¡Eh! ¡caramba! es la cuenta de mi pupilera — exclamó el borracho riéndose. Vamos, no es esto lo que buscaba. Léame usted este otro papel, joven. Debe ser este; está timbrado.

Alina leyó el segundo papel, de una suciedad y de una vejez repugnantes.

«Nos Gortschakoff II, ministro de la guerra, bajo la presentación que se nos ha hecho por el coronel Narischkin, nombramos al subteniente Miguel...»

— Está bueno, es mi nombramiento de capitán — gruñó el husar encolerizado.

Pero tengo aquí otro papel: este debe ser. Leedlo pronto.

Este era una carta, en la que Alina encontró estas palabras:

«Mi querido Miguel:

«Te recordaré lo que te he ganado la noche anterior, 200 rublos a la preferencia, los necesito mañana por la mañana...»

— Vamos, no es esto tampoco — gritó el oficial dando una patada con furor. Y no tengo otro papel...! he perdido las señas...! Es verdad que estaba algo alegre cuando salí de la fortaleza. Había bebido a la salud de ese pobre, ¿cómo se llama...? ¿Gregoriw, Ignatiw...? ¿a quién fusilan mañana?

Witold hizo un movimiento brusco como para

echarse sobre el ruso; el señor de Sawinski murmuró acercándose a él: «No lo salvaréis... ¡Callaos, por mi propia seguridad y la salvación de Alina!

— Es igual — continuó el oficial — es un negocio pesado. Para probar mi celo al comandante, no tengo más que tomar un partido; prender a todos los jóvenes que encuentre. Por eso, amable novio, es probable que tengáis que seguirme.

El oficial miró a Alina, que vió en efecto temblando de terror.

— Señor capitán — replicó entonces el señor de Sawinski, haciendo un esfuerzo por salvar a su huésped, permitidme que os diga que no comprendo vuestras sospechas, vuestra conducta con nosotros. Habéis visto que cuando entrasteis ninguno se ha turbado ni se ha dispuesto a huir. Os hemos recibido cordialmente en nuestro círculo de familia, y la presencia de este joven está perfectamente justificada por lo que os acabo de decir.

— ¿Es verdaderamente cierto lo que decís? — replicó el oficial con el sonido monótono de la embriaguez. ¿Este muchacho es el prometido de vuestra hija?

— Señor capitán, ya os lo he dicho.

— Sí lo sé... lo sé — repitió el husar moviendo la cabeza; ¿pero lo juraréis?

Las cejas del padre de Alina se aproximaron a causa de una violenta emoción; palideció un poco, se contrajeron sus labios, pero extendió su mano y dijo gravemente:

— ¡Lo juro!

Witold, desanimado, fijó sus miradas en el suelo.

— ¡A fe mía! con vuestra palabra estaría casi tranquilo: se dice que los polacos son hombres de honor... Pero sin embargo necesito otra garantía. Decidme, bella, ¿amáis mucho a ese pícaro?

Alina miró al oficial, y después a Witold y a su padre; se vió temblar su pequeña mano, que la tenía sobre sus rodillas.

— Sí — dijo en fin con una voz tan débil como un soplo.

— ¡Vamos, sois muy buena! ¿Y os hubierais casado hoy con él sin la muerte de esa vieja?

Esta vez la ira impidió a Alina el hablar; bajó la cabeza por toda respuesta.

— Y bien, ya que es así, vamos a poner el luto de lado y a proceder a la boda.

— Dadme gracias; soy buen príncipe, os caso — continuó el borracho, cuya lengua se movía con dificultad. — Sólo de ese modo no aparezo culpable a los ojos de mi coronel, pero tan blanco... blanco... como la nieve ó la inocencia.

— Permitidme, señor capitán, no he comprendido bien lo que queráis decir — interrumpió el señor de Sawinski temblando.

— ¡Caramba! me parece que hablo claro.

— ¿Tenéis aquí un sacerdote, ó un capellán?

— ¿Para qué? — preguntó el padre de Alina, cuya consternación era a cada instante más profunda.

— Para casarlos, ¡caramba! — respondió el oficial dando en el suelo con el talón de su bota. — Están de luto, eso no importa; con el derecho de mi sable, yo se lo quito. ¿Qué os importa que sean marido y mujer un poco más tarde ó más temprano? ¿Tenéis vino en la bodega, ánades en vuestro corral? Preparadnos un buen festín y tendréis trescientos husares para bailar en la boda.

— Pero, señor, es imposible proceder de un modo tan brusco, no están hechos los preparativos, y...

— Mi buen amigo, no nos contéis tonterías. Aunque se tenga un poco de ron en el vientre, no impide eso para tener muy despejado el entendimiento... Habéis dicho ahora mismo: primero, que este era el novio de vuestra hija, y entre paréntesis, me lo habéis jurado; segundo, que la boda se hubiera efectuado hoy si no hubiera muerto no sé quién. Yo he tenido la bondad de creerlos, y ahora parece que me queréis llevar por las narices. Dejadme tranquilo con vuestros preparativos; enviad a buscar un cura, y que se les eche la bendición sin tambor ni trompeta. Entonces dire a mi coronel que sois un buen hombre y un súbdito del czar, que he venido aquí y que no conspiráis, porque casáis a vuestra hija... Si no, creeré que hay alguna anguila debajo de la roca, y os llevo a todos a la ciudadela para que os expliquéis allí.

— Señor capitán, estos jóvenes y yo estamos a vuestra disposición, pero os haré una observación: es que aquí no tenemos sacerdotes.

— Enviad a buscar uno... Os hubiera ofrecido nuestro pope, pero se ha quedado detrás con los bagajes del regimiento.

— La parroquia más cercana está muy distante.

— Y bien, tendréis tiempo de mandarlo a llamar durante la noche. Los casaremos al alba y estarán rodeados de un regimiento virtuoso que verá levantarse el sol.



— El cura de Mlynk, que ha publicado las amonestaciones, es muy anciano. Le cuesta mucho trabajo viajar de noche.

— ¡Oh, oh! lo encontrará muy fácil cuando tenga por escolta un batallón de cosacos. Habéis dicho que está en Mlynk, me parece. Me encargo de hacerlo venir.

El capitán dió un golpe en la mesa; apareció un húsar y recibió la orden de partir inmediatamente con treinta de sus camaradas para traer al cura de Mlynk, muerto ó vivo.

— Esperando á que venga el sacerdote, señor capitán — dijo entonces el señor de Sawinski — permitiréis que mi hija descanse un poco... La llegada de vuestro destacamento la ha asustado un poco, y no está acostumbrada á acostarse tarde... ¡Está helada y muy pálida!

— Seguramente que la señorita repare sus fuerzas para responder alegremente al sacerdote y beber conmigo en el almuerzo de boda mañana por la mañana. No soy un tirano, y tengo un corazón muy tierno con las señoras — replicó el oficial guiñando sus ojillos tártaros.

— Mi futuro yerno y yo tenemos necesidad de retirarnos también por una hora — dijo el señor de Sawinski. — Para la ceremonia tenemos que dar órdenes. ¿Queréis que os haga preparar una cama?

— Inútil, mi viejo, no duermo cuando estoy alegre. Tengo aquí una botella y mi pipa, excelente compañía. Solamente que cuando hayáis dado vuestras órdenes, enviadme aquí al novio. Si necesita prepararse para la ceremonia de mañana, soy yo quien me encargo de hacerlo.

(Se continuará.)

## EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

**L**OB dijo, y dijo bien: *El hombre está lleno de muchas miserias*<sup>1</sup>; y entre estas miserias no es la más pequeña el no saber sufrir cuando la angustia le acomete, ni el regocijarse con moderación cuando el gozo inunda su alma. Ambas cosas al punto las manifiesta. Su semblante es espejo de lo que pasa en su alma, y los suspiros de su pecho al punto revelan qué huéspedes viven en su corazón. Nada más natural en los mortales que buscar un remedio para sus penas, así como invocar con lágrimas el sér ó seres que puedan ser su medicina y consuelo; y si ama, el objeto de su amor le tiene siempre en sus labios. ¿Qué otra cosa significa ese ¡Dios mío! pronunciado bien si le acomete la angustia, como si se hallase poseído del divino amor?

¡Dios mío! Expresión dulce y amorosa, á quien recurre el hombre en la desgracia, pero que la olvida en el momento en que tiempos bonancibles han sucedido á las borrascas. Esto, sin embargo, prueba que Dios, á pesar del hombre, vive en el interior del hombre; que sólo Él es su verdadero consuelo y en quien encuentra descanso su corazón. El ateo, rodeado de delicias, coronado con rosas, deslumbrado por el amor de las criaturas, dice: *«No hay Dios.»* El tiempo pasa, las circunstancias varían; tales flores se marchitaron; á la alegría sucedió el llanto; al bienestar la desgracia; la pena y el dolor tomaron carta de naturaleza en esta desgraciada alma, que oprimida por la angustia dice: *«¡Ay, madre, Dios mío!»* Esto es cierto; esto sucede todos los días y muchas veces al día; así nos lo dice el corazón, y el corazón, que en tiempo de júbilo dijo: *No hay Dios.*

Este corazón, acosado por el dolor, une más de una vez al ¡Dios mío! la tierna expresión: *¡Madre mía!* ¡Feliz unión! Dios y madre! Ambos son invocados, porque ambos son el lenitivo de nuestras penas y dolores. Felices quienes al hacer tal invocación, reciben esta respuesta: *¡Hijo de mis entrañas!* ¿Cabe entonces angustia si Dios nos dice que está junto á nosotros? No. Porque quien tiene á Dios todo lo tiene, y la conciencia que se halla limpia en la presencia de Dios, es un perpetuo festín. ¿Caben penas cuando tierna madre venda nuestras heridas? No. Porque esta amante madre es el objeto de nuestro amor, y donde está el objeto del amor las penas dejan de ser penas para pasar á sacrificios voluntarios. Y el sacrificio, aun el más penoso es dulce, cuando es consumido por el fuego del amor. Aun la muerte no es muerte cuando hay amor, porque el amor en ocasiones es más fuerte que la misma muerte. Tal fué el sacrificio de nuestro Dios, que pendía de tres clavos, y aun tenía sed de nuevos sacrificios. Tal es el amor de los padres para con los hijos. Dijo David: *¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, Ab-*

*salón, quién me diera morir por ti?* Y cuando el hombre sufre, pronto intenta buscar remedio á su dolor. Su madre no existe: recuerda con amargura su regazo de amor: en su imaginación se halla impresa la imagen de su sonrisa: no ve aquellas maternales miradas de amor, ni aquel semblante lleno de cariño. Todo ha sido arrebatado por la muerte y lo ha depositado en un solitario sepulcro. Arrastrado el hombre por una fuerza secreta de su corazón póstrese sobre la losa de este sepulcro, y levantando las manos al cielo, dice: ¡Protégela y consuélame, madre mía! Su corazón no se engaña: la muerte, es cierto, le arrebató una madre; mas Dios dice al hombre: *Ahí tienes á tu madre.*

Y esta madre nunca muere, y esta madre también le ama y dueña quiere ser de su corazón, y el nombre de esta Virgen madre es María: á quien invocamos como consuelo de afligidos y auxilio de los cristianos. El mundo y la ciencia que engríe tienen sus héroes; pero sus nombres sólo existen en las páginas de la historia para afligir el corazón con las tristes consecuencias de sus obras; porque se presentaron como amorosas madres, y luego resultaron tiranos. No así sucede con el nombre de María; antes al contrario, quien le invocare é invocándole le hallare, encontrará la vida: cuando el hombre ha escrito en su pecho y grabado en su corazón este nombre tres veces santo, un bálsamo celestial inunda todo su sér, sintiendo tal regocijo que dice: *Encontré al que ama mi alma, tendréle y no le dejaré.* Por esto con María todo es dulce: las penas son llevaderas: la cruz es gloria: la muerte vida. De tal nombre puede decir la España: *Todo me ha venido con él.* En un tiempo se olvidó este nombre, no se pronunciaba; menos se invocaba, y la inmundicia invadió la viña de María, y los estandartes de la media luna avanzan triunfantes por los campos de Castilla, porque en Castilla no brilla esta estrella, que refulgente aparece sobre las sierras de Covadonga: aquí, ante sus brillantes resplandores, eclipsase el poder de los enemigos de nuestra patria y nuestros altares.

Y porque entonces nuestros guerreros ponen el nombre de María en la empuñadura de sus armas, los ejércitos en sus banderas y los príncipes cristianos principian sus batallas en el nombre de María, todo para ellos es triunfo, es victoria hasta dejar sepultada la gloria de sus enemigos en los campos de Granada. Mas esto es lo que en tan agradable nombre aparece por defuera, ¿quién podrá conocer las victorias que consigue en el interior de los corazones? Consuela á los desgraciados; ilumina á quienes duermen en las tinieblas del pecado: fortalece á la joven cristiana en medio de los atractivos del mundo, para no dejarse alucinar por sus vanidades: hace que el joven sea la alegría de sus padres y el honor de su familia: porque en este nombre encontró el temor de Dios y la verdadera ciencia. Nada extraño que un San José de Calasanz, para quien la educación de la juventud en piedad y letras era objeto de su desvelo, le eligiese para blasón de su grande, pero humilde obra. Y con tal apoyo, ¿cuántos triunfos sobre el infierno, cuántas victorias sobre los hombres no consiguió, al verse perseguido por aquél y calumniado, preso y vilipendiado por éstos? Fué tal la persecución que sufrió, tales sus sufrimientos y tal la paciencia de su corazón, que la Iglesia le llamó el Job de la ley de gracia. Y nada más natural que estos triunfos; porque sobre su obra había escrito: *María, madre de Dios;* y que los niños de sus Escuelas entonasen cánticos de amor á María.

Estos cánticos suben hasta lo más alto de los cielos, donde son escuchados por María. Pero el infierno detesta la obra de Calasanz: es preciso vencerle á él, es preciso destruir la Escuela Pía. Cuando los Príncipes y los Monarcas la desean establecer en sus Estados, en la populosa Roma de ella sólo quedan escombros, sólo se oyen las voces de sus enemigos, que dicen: ¡Victoria! sólo queda un venerable anciano, que al ver sin aliento á sus pocos, pero fieles hijos, al contemplar dispersos á sus niños y destruidos los altares, donde antes se entonaban las alabanzas de María, dice lleno de sentimiento, pero conforme con la voluntad divina: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó;* sea el nombre del Señor bendito. Postrado en el lecho del dolor, eleva sus plegarias á María; y ¿qué hace María? Rásganse los cielos, aparece refulgente la Virgen María y dice á Calasanz: Descansa en paz; yo soy la madre de Dios, y seré siempre madre y escudo de la Escuela Pía.

Y sus palabras tuvieron su cumplimiento: resucita esta benéfica y religiosa institución, y cuando arreciaron fuertes vendavales que arrancaron esos árboles seculares... ella, cual tierno arbolito, humillase ante el torrente destructor, para levantarse por el poder de María.

Mas por esto no le faltan sus contratiempos, no han cesado sus persecuciones, si bien desfiguradas, ó mejor dicho, disfrazadas con el antifaz de favor ó de beneficio. Los hijos del mundo, quienes medraron al lado de las aguas desoladoras, que dejaron el luto en muchos corazones, al recordar que esta institución es obra de un santo y que tuvo su origen en fines del siglo xvi, no la arrojan de su presencia, porque no pueden menos de reconocer su misión civilizadora, pero la esclavizan con el pesado hierro de sus leyes: quienes fueron víctimas de la inmoralidad, considerando que esta flor crece entre los escombros de los lugares que no ha mucho fueron su morada: y no viendo que en las hojas de su cáliz se halla escrito el nombre de María, atribuyen tal existencia, no á la protección de este nombre santísimo, sino al favor de los poderes de la tierra, declarándola cómplice con ellos y partidaria de sus doctrinas, cuando ella, ni profesa, ni enseña otro dogma, ni otra moral, que la del que fué crucificado por la salvación del género humano. Con razón la obra de Calasanz encuentra dificultades en sus enemigos y desprecio en sus amigos. Se puede, por lo tanto, aplicársele las palabras de la casta Susana: *Por donde quiera me rodean males.*

Si vive, pues, es porque el tierno infante invoca en sus Escuelas el Dulcísimo Nombre de María. Si el hombre, pues, pronunciara con frecuencia y en sus penas tan sagrado Nombre; si en sus batallas con sus pasiones les fortificara con este escudo, pruebas de amargura no le faltarían, porque es preciso comer el pan con el sudor de su rostro; pero al menos habría en su alma tranquilidad durante esta vida, y en la hora de la muerte espiraría en los brazos de María, pronunciando estas palabras: Bendiga toda carne este Santo Nombre.

S. M.

Septiembre 12 de 1885.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Descubrimiento contra la rabia.*—La prensa extranjera vuelve á ocuparse del Dr. Pasteur.

Hoy se ocupa del nuevo descubrimiento de este sabio de verdad, para neutralizar los efectos de la mordedura hidrofóbica.

Es este el mismo sabio que con el microscopio en la mano y sus teorías microbiológicas en su inteligencia, ha matado la charlatanería de los defensores de las generaciones espontáneas, y á éstas también.

Por eso le llamamos sabio, con la diferencia de otros que, en cuanto hacen un descubrimiento, lo llevan á las academias científicas, y luego lo publican para que la sociedad lo utilice.

Vean nuestros lectores:

«Según noticias del *Journal des Debats*, Mr. Pasteur, que se encuentra actualmente en Artois, departamento del Jura, va á organizar, tan pronto regrese á París, un servicio mediante el cual será posible asegurar á los animales la inmunidad contra la rabia. Mr. Pasteur posee un método muy perfeccionado de profilaxia de este terrible mal, tan eficaz, según parece, para el hombre como para los animales.

Antes de salir para el Jura, Mr. Pasteur tuvo en tratamiento á un muchacho de nueve años que le llevó su madre desde Alsacia, donde había sido mordido en las dos piernas y en una mano, en tales condiciones, que la rabia parecía inevitable. El muchacho se halla ahora perfectamente bueno.»

*Cultivo de la vid en espiral.*—En algunas localidades se practica el cultivo de la vid empleando grandes tutores ó estacas, á cuyo alrededor se procura trepen los sarmientos de la vid; cuyo sistema favorece el desarrollo de las yemas y órganos foliares, resultando una columna por todas partes nutrida de racimos que pronto llegan á completa madurez, por lo bien soleados y ventilados que se encuentran, además de aumentarse la producción de fruto en cantidad y tiempo de cosecha.

Los cuidados de labores al terreno y poda del vegetal son los mismos que en el cultivo ordinario. A cada cepa se pone un tutor y á él se ata el tallo á medida que se desarrolla. Es aplicable en nuestro país, especialmente en las provincias del Norte y localidades de clima un poco frío, este procedimiento, ensayado con muy buen éxito en el departamento de Montreuil por el viticultor Sr. Lahaye.

*Mejoramiento y conservación de los vinos y las sidras por el frío.*—Si se hace congelar el vino en el invierno y se separa la parte congelada de la parte líquida, se observa que ésta constituye un vino muy superior, de excelente sabor y más alcohólico; y además el vino se conserva mucho mejor.

<sup>1</sup> Job, c. XIV, v. 1.



Por la congelación, el agua se solidifica, y queda la parte alcohólica y los demás principios esenciales al vino intactos en la parte líquida; y así se explica las muy superiores condiciones que adquiere el vino. En cuanto á su conservación, se explica por qué los gérmenes se destruyen.

Fundado en esto, un ingeniero de Orán, Mr. Cuinet, ha ideado un procedimiento para obtener este resultado por medio de una máquina que opera la congelación del vino por el vacío en un cilindro. El vino mejorado sale dejando los pedazos de agua congelada.

Resulta muy claro y limpio y sin los gérmenes que provocan su alteración; de tal modo, que además de mejorar las condiciones del vino, constituye un procedimiento de conservación que reemplaza al calentamiento de los vinos que hoy se emplea para este objeto.

Para las sidras puede tener gran aplicación este procedimiento, porque así resultarán más alcohólicas y podrán conservarse. De desear es que se hagan experiencias en las sidras, y ver si da el mismo resultado que en los vinos.

**Máquina eléctrica para coser.**—Este nuevo mecanismo no consiste, como pudiera creerse á primera vista, en una máquina ordinaria que deba su movimiento á cualquiera de los infinitos motores eléctricos que se conocen; nada de esto.

Se trata de un mecanismo en que la electricidad ejecuta directamente la labor, moviendo sus diversas partes por medio de un procedimiento especial.

La acción de coser á máquina consiste en combinar tres movimientos semejantes, uno alternativo de arriba abajo del porta-aguja, y otros dos de vaivén horizontal para que arrastre la labor según se va cosiendo, y muevan la lanzadera independientemente.

Pues bien, el primero sobre el porta-agujas se consigue sometiéndole á la acción de dos bobinas electro-ímanes en que, interceptando sobre cada una la corriente eléctrica, se comprende la facilidad de conseguir el resultado, y en cuanto á los otros, se comprende también que siendo semejantes en su esencia, es claro que pueden alcanzarse por igual medio.

Las interrupciones de las corrientes han de relacionarse debidamente, impulsándolas á voluntad con toda la rapidez que se quiera, para que la labor resulte tan bien hecha y con toda la prontitud que se admira en las mejores máquinas ordinarias que se conocen.

## MISCELÁNEA

Según datos oficiales, la epidemia cólica ha ocasionado en toda España hasta el día 1.º de Septiembre 233.726 invasiones, y defunciones 85.908.

También de esos antecedentes oficiales resulta que la enfermedad ha entrado en un franco período de decrecimiento.

Las provincias por donde empezó la epidemia, Valencia, Murcia, Castellón y Alicante, van viéndose libres.

En Gerona, Barcelona, Lérida, Huesca y Tarragona el cólera no ha tenido gran desarrollo.

En Cuenca, Ciudad-Real, Teruel y Zaragoza decrece.

En toda la región castellana, como lo prueban Soria, Salamanca, Segovia, Avila y Madrid, no ha podido arraigar. Solamente Aranjuez, por condiciones especiales de su suelo, ha sufrido más el azote epidémico.

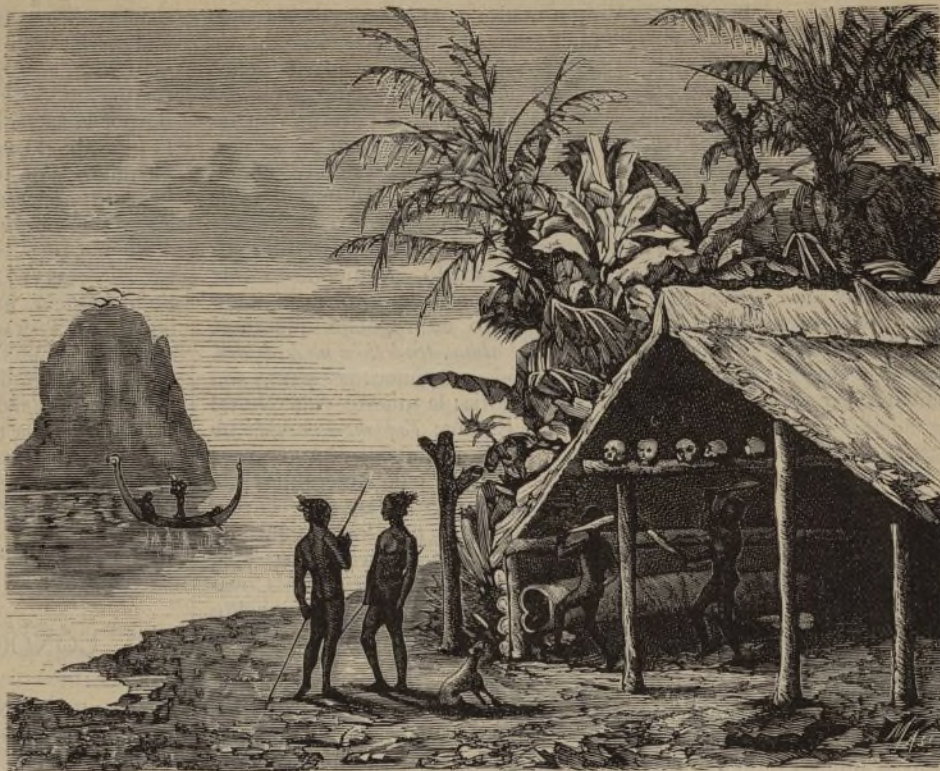
Valladolid, Burgos, Zamora y Palencia tampoco ofrecen peligro de invasión temible, y en Santander no conseguirá desarrollo el mal.

Unicamente ofrecen cuidado Málaga, Granada y Almería.

Ahora bien, las invasiones y defunciones se reparten así:

En la provincia del Albacete han ocurrido 7.599 invasiones y 2.665 fallecimientos. — En Alicante, 10.441 y 4.442. — En Almería, 7.252 y 2.162. — En Badajoz, 1.500 y 642. — En Barcelona, 1.926 y 941. — En Burgos, 1.030 y 340.

En Cádiz, 204 y 108. — En Castellón, 12.974 y 4.842. — En Ciudad-Real, 2.389 y 1.074. — En Córdoba, 2.853 y 933. — En Cuenca, 8.288 y 2.921.



MÚSICA DE LOS INDÍGENAS DE LAS CAROLINAS.

— En Gerona, 1.413 y 421. — En Granada, 22.510 y 9.604. — En Guadalajara, 903 y 350. — En Huesca, 3.022 y 625. — En Jaén, 2.855 y 1.493. — En Lérida, 2.218 y 828. — En Logroño, 2.264 y 633.

En Madrid, 6.807 y 2.897, de los cuales corresponden á Aranjuez 1.531 y 838. — En Málaga, 2.275 y 811. — En Murcia, 15.366 y 5.965. — En Navarra, 9.190 y 2.497. — En Palencia, 2.639 y 494. — En Salamanca, 480 y 207. — En Santander, 157 y 71. — En Segovia, 1.160 y 414. — En Soria, 2.150 y 785. — En Tarragona, 4.538 y 1.492. — En Teruel, 15.885 y 4.959. — En Toledo, 9.280 y 3.321. — En Valencia, 31.050 y 13.880. — En Valladolid, 4.835 y 1.458. — En Zamora, 2.492 y 474. — Y en Zaragoza, 33.014 y 10.855.

El mayor número de invasiones corresponde á la provincia de Zaragoza, y el de fallecimientos á la de Valencia.

Si los datos estadísticos son de utilidad, nunca quizás como en la ocasión presente se prueba, cuyo objeto es indicar el número de atacados y fallecidos del cólera y las localidades más ó menos castigadas por la epidemia.

Ellos sirven para que puedan apreciarse de qué modo las condiciones geológicas de un pueblo contribuyen ó son refractarias al desarrollo de la enfermedad terrible, cuyo origen, lo mismo que su curación en el período asfíxico, son desconocidos por la ciencia, aunque ésta tenga la pretensión de haberlos descubierto.

Ellos evidencian que ni las distancias ni las alturas sobre el nivel del mar son obstáculo para que las poblaciones se vean invadidas y diezgadas violentamente por una morbosidad que sólo se creía hasta aquí podía producirse é importarse desde el Ganges; pues ataca á la vez puntos distintos y muy lejanos entre sí, como obedeciendo á causas que no son el contagio ni el transporte por las personas y por las cosas, sin embargo de que las personas y las cosas pueden conducirle adonde no exista.

Ellos nos consienten apreciar ciertas circunstancias para que se juzgue, como origen quizás único y verdadero del cólera, la modificación que sufre la atmósfera en que vivimos con perturbaciones

geológicas que influyen directamente sobre toda la vegetación, y por tanto sobre el ambiente, que tan necesario es á la vida del organismo animal.

Ellos ponen á la vista del observador el hecho innegable de que la epidemia tiene principio siempre y mayor intensidad en toda ocasión, en aquellos parajes húmedos que con facilidad desarrollan el paludismo, variando también, y de modo más grave, las condiciones respirables de la atmósfera como en aquellas comarcas que, sin ser húmedas, tienen modificadas las condiciones del ambiente para ocasionar la enfermedad.

Ellos enseñan que las doctrinas de los microbiólogos no alcanzan la perfectibilidad deseada y que las conclusiones de los que atribuyen condiciones patológicas á seres microscópicos están reclamando mayor y más detenido estudio.

Y ellos, finalmente, ponen de relieve cuanto la terapéutica de tan mortífera dolencia debe estudiar las causas productoras del cólera, para que, con mayor acierto y fortuna que hasta aquí, se pueda auxiliar á la humanidad contra la invasión y contra la intensidad de semejante epidemia.

Acaba de llegar á San Petersburgo un viajero francés, M. José Martín, que ya era conocido por sus increíbles exploraciones en la Siberia.

Ahora llega de la Siberia oriental.

Habiendo partido de San Petersburgo en 1882, el explorador francés ha hecho en ese país muchos viajes y muy importantes, y entre otros una expedición á través de los montes Stanowi, en el río Amor.

M. Martín recorre por segunda vez la Siberia oriental y lleva un material científico

considerable. La región de los montes Stanowi que acaba de recorrer, es tan poco conocida, que su viaje constituye un hecho notabilísimo en los anales de la ciencia geográfica.

He aquí un francés que trabaja para los rusos.

Ya se ha publicado el anuncio-programa de la Exposición internacional que se verificará el año próximo en Liverpool.

Tendrá por objeto la Exposición seguir la historia y desarrollo de los viajes por tierra, por agua y por el aire. Comprenderá igualmente artículos de la industria y del comercio debidos en gran parte á los progresos de la ciencia moderna en la creación y perfeccionamiento de medios de locomoción y de transporte. Se reunirá asimismo una colección de modelos de todas clases; buques antiguos y modernos, materiales para su construcción, máquinas, puertos, faros, aparatos de salvamento y todo cuanto se refiere á la navegación marítima y fluvial.

En la sección de viajes por tierra se expondrán modelos de coches, carrozas y carretas de todos los países y de todas las épocas, hallándose también representada en ella la historia de la aplicación del vapor á la locomoción. En las secciones de comercio é industria se expondrán muestras de todos los productos y procedimientos de fabricación que manifiesten el progreso y desarrollo de la industria de Inglaterra y del extranjero.

Promete ser un certamen notabilísimo.

## ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros suscritores, cuya suscripción termina en este mes, se sirvan renovar ó dar aviso de la renovación lo antes posible para que no sufran retraso en el recibo de los números.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo 5.